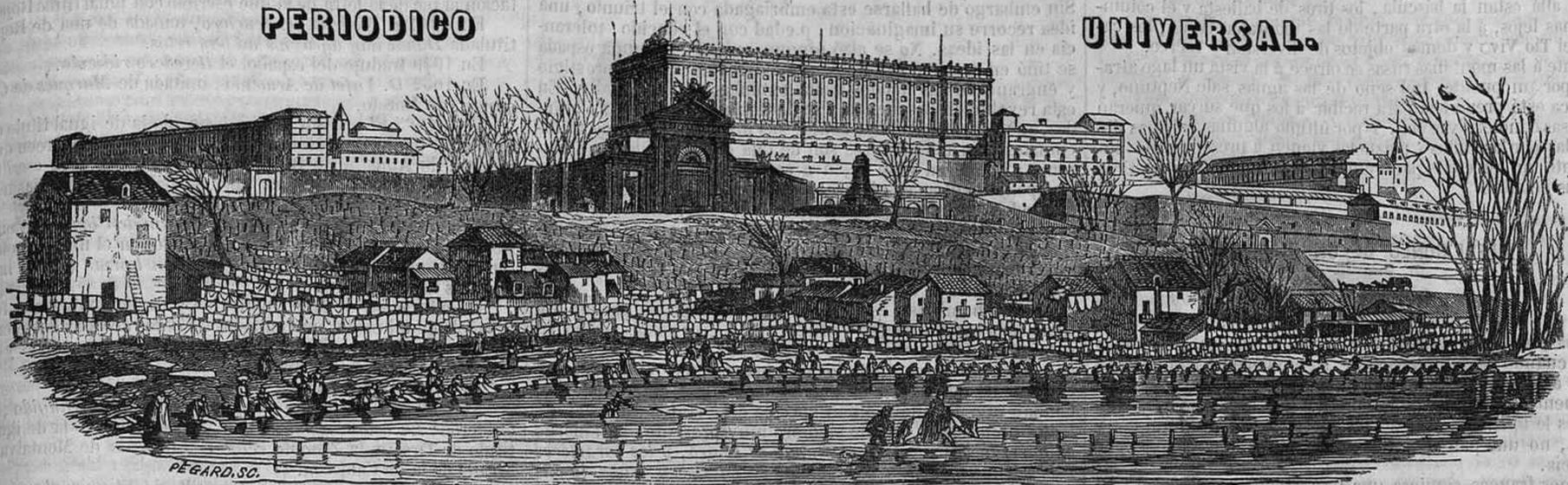


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 248.—SÁBADO 26 DE NOVIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 50.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Por fin estamos á punto de presentar LA ILUSTRACION mejorada, segun lo habiamos ofrecido: contrariedades independientes de nosotros han retrasado hasta ahora el momento de plantear las innovaciones que tenemos preparadas.

Una grande y magnífica coleccion de láminas, inglesas y alemanas, de todas dimensiones, que recibiremos de un día á otro, nos da la seguridad de que la parte artística de LA ILUSTRACION aventajará á cuanto se ha visto hasta ahora en España, y contratos especiales para lo sucesivo nos facilitarán copia de todas las escenas interesantes que tengan lugar en el extranjero, y retratos de cuantas personas llamen la atención: prescindiendo de otros acontecimientos importantes, la guerra de Oriente nos ofrece desde luego ancho campo para láminas de todos géneros, que no podrán menos de agradar á nuestros lectores.

Un taller de grabado al servicio de LA ILUSTRACION, y el concurso activo de los dibujantes con cuyos trabajos contamos tantos años hace, nos ponen en el caso de consignar con el buril todo lo importante, todo lo curioso que ocurra en el interior. La vista del salon de los Campos Eliseos y de La feria de Sevilla, que publicamos hoy, son una muestra de los trabajos que preparamos. Para que en esta parte se cumplan nuestros deseos, es indispensable que las personas que se hallan en el caso de facilitarnos dibujos y noticias de acontecimientos, escenas, y objetos que ocupen la atención, nos los remitan con oportunidad.

Contamos con la colaboracion de escritores que nos han ofrecido artículos variados é interesantes, que en lo posible participen tambien del interés de actualidad, y estamos resueltos á trasladar á nuestras columnas todo lo mas importante que encontremos en los periódicos hebdomadarios de Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica, para lo cual recibimos cuanto aparece con mas crédito en aquellos países.

Publicaremos en cada número una

Revista universal

CIENTÍFICA, LITERARIA, ARTÍSTICA É INDUSTRIAL,

que contenga todo género de noticias, capaces de tener al corriente á nuestros lectores de todos los adelantos, invenciones y novedades que ofrezcan en Europa estos conocimientos. Los ensayos de algunas revistas de este género, tan poco usado en España como acreditado en el extranjero, que hemos publicado este año, han merecido la aceptación de nuestros lectores.

Cada quince dias daremos una

Revista de teatros.

en la cual juzgaremos las producciones nuevas que se pongan en escena. Alternando con estos escritos, aparecerá tambien una

Revista musical.

escrita por persona competente. Nuestros lectores, y especialmente nuestras bellas lectoras, no han olvidado aun ciertos artículos que con el título de

Revista de Madrid.

aparecieron durante los primeros años en las páginas de LA ILUSTRACION. Constandonos el interés con que eran leídos, volveremos á hacer lugar en nuestras columnas á esta seccion, destinada á dar cuenta de todas las fiestas, de todas las novedades de nuestros salones, de todas las anécdotas, de toda la chismografía de la sociedad madrileña, que merezca ocupar la atención de nuestros lectores. Sabido es que las Revistas de Madrid publicadas en LA ILUSTRACION no han tenido rival: estamos seguros de que tampoco le tendrán ahora.

No por emprenderlas de nuevo, cesarán las

Crónicas Matritenses.

que venimos publicando hace tiempo, y en las cuales, uno de nuestros escritores festivos que gozan de mas alta y merecida reputacion, traza á grandes rasgos todo el movimiento de la corte durante un mes; tampoco estos cuadros tan hábilmente pintados tienen competidores. Por último, estamos preparados para introducir todo género de mejoras; pero creemos preferible plantearlas á ofrecerlas: los hechos, han valido siempre, y ahora sobre todo, mucho mas que las palabras.

LOS CAMPOS ELISEOS DE BARCELONA.

Barcelona goza ya de un espectáculo tanto mas bello cuanto que es debido en su mayor parte á la naturaleza auxiliada por el arte. Los Campos Eliseos, ese magnífico sitio de recreo que el génio de los barceloneses ha levantado como por encanto entre la vieja ciudad y la moderna villa, entre el mar y las montañas, entre el bullicio de las gentes y el estrépito de los martillos y ayunques, en fin, entre la densa y cargada atmósfera del emporio de las artes y de la industria catalana, y el purísimo ambiente que se respira al pié de las risueñas colinas que la cercan, corresponden indudablemente al nombre que llevan, encerrando en sí cuanto pueden apetecer las personas que voluntariamente se alejan por algunas horas del atronador

poetas con su cuerno de la abundancia, su cesta llena de frutos, y con su corte que componen los blandos céfiros y las dulces auras, la pintada mariposa ó la tímida filomena.

El salon, destinado para bailes y conciertos, está colocado en el centro del jardin. Entrase en él por un pórtico en forma de vestíbulo, á cuyos lados existen dos salas destinadas para guardarropia, y en una pieza intermedia á este y al salon se vé una escalera de caracol con ojo para subir á la galería del salon y al terrado que corresponde sobre el del vestíbulo formando un cuerpo adelantado.

El salon está pintado por Mr. Félix Cagé, tan conocido ya del público barcelonés por sus bellas decoraciones del gran teatro del Liceo; y si génio y arte ha demostrado en estas, arte y génio ha demostrado tambien en el salon, fonda y café de los Campos Eliseos.

Verdad es que la idea del arquitecto ha suministrado medios al pintor de lucir sus talentos; la pintura y la arquitectura han marchado en esta obra perfectamente de acuerdo, apareciendo á los ojos del observador como dos hermanas. Iluminado el salon al través de una serie de transparentes que ocupan toda la parte superior, esto es, toda la elevacion de la galería, produce un efecto mágico que no ha podido menos de sorprender y embelesar al público. Esta idea ha sido nueva entre nosotros, y merece por su oportunidad, por su originalidad y por su buen éxito el mayor elogio. Se ha hecho desaparecer el cuerpo opaco de una pared, sustituyéndola con lienzos primorosamente pintados interpuestos entre el espectador y la luz, que contribuyen á dar al conjunto mayor grandiosidad de la que realmente existe.

El techo, pintado con tintas suaves y gratas á la vista, representa en su centro una decoracion arquitectónica compuesta de arcos sobre columnas pareadas, por cuyos claros se descubre un cielo puro y sereno; bajo el cual, nadando en una atmósfera de luz, se ve revolotear á una porcion de génios sosteniendo guirnaldas de flores. En los extremos del techo hay grupos de figuras que representan la música y el baile.

La decoracion del salon es sencillísima, tan sencilla como graciosa, y contribuyen á su hermosura veinticuatro esbeltas columnas que sostienen la galería, y otras tantas que en la galería sostienen la cubierta.

En la parte posterior del salon existen las piezas de tocador, que como otras varias con que se envanecen los Campos Eliseos, son obra del entendido arquitecto D. José Oriol Mestres.

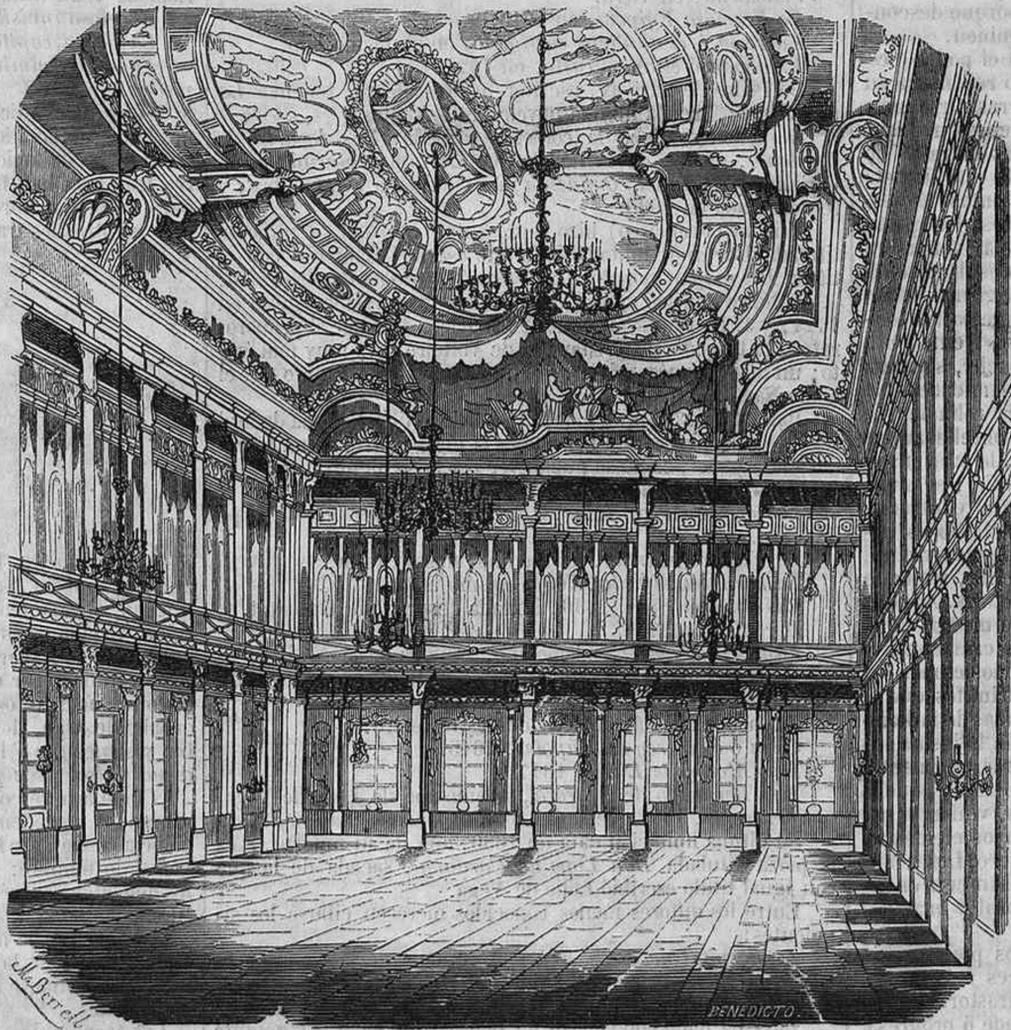
Todo ha sido atendido; nada se ha descuidado para poner este establecimiento al nivel de los mas adelantados del extranjero. La direccion puede estar satisfecha; ha conseguido su objeto, y lo ha conseguido haciendo á Barcelona el regalo de una obra que puede y debe ser uno de sus motivos de orgullo.

Los dos edificios de la fonda y del café se elevan frente á frente el uno del otro. El edificio de la fonda es circuido por un terrado desde el cual se goza la mas bella perspectiva. En el café se admira en su pavimento el mármol artificial del Sr. Rossi que produce el mejor y mas bello efecto.

A espaldas del café hay un apinado grupo de pabellones, á los cuales se ha tenido el buen gusto de dar á cada uno el nombre de una flor. Así es que hay el pabellon de la rosa, el de la violeta, el del tulipan, etc.

A la derecha del gran salon se levanta un pabellon de madera, especie de casa rústica de buen efecto, en el cual existen esa especie de billares en que se juega al trompo y que hemos imitado de la elegancia francesa.

Inmediato á este pabellon estan el tiro de pistola ordinario, el de pistola sorda y el de carabina.



Salon de bailes y conciertos de los Campos Eliseos.

bullicio de la ciudad comercial, para entregarse á los inocentes y tranquilos goces del campo. En las dilatadas calles de sus jardines se respira una atmósfera de ricos perfumes, hallando el concurrente mil recreos, mil objetos de diversion, propios para todas las edades, para todos los sexos, para todos los gustos.

Barcelona no tiene que envidiar los Campos Eliseos y los jardines Melville* de París, ni los parques de Londres, ni los sitios mas ó menos celebrados de otras capitales; y los habitantes de la capital de Cataluña pueden decir con orgullo que si levantarán un magnífico templo á las bellas artes en el gran teatro del Liceo, el segundo de España por su grandiosidad y riqueza, tambien alzarán otro templo no menos bello á la diosa de las flores y los frutos, á la amante de Vertumino, á la fecunda Pomona, coronada de pámpanos y mirtos, á la cual nos pintan los

Al salir de este edificio el curioso no puede menos de hacer alto y detenerse un momento á contemplar el gran estanque donde caen las aguas por una cascada caprichosa que corona la estátua de Flora.

Mas allá estan la báscula, los tiros de ballesta y el columpio, y mas lejos, á la otra parte de las montañas rusas, los caballos del Tío Vivo y demas objetos de diversion y recreo.

Frente á las montañas rusas se ofrece á la vista un lago atravesado por un puente. Del seno de las aguas sale Neptuno, y una barca está preparada para recibir á los que surcar quieran las mansas ó inmensas olas. Y por último algunas cabañas disseminadas por las calles y plazuelas vienen á presentar mas interés ante tan precioso panorama, y mas variados y poéticos todos sus detalles.

REFLEXIONES DE UN VIAJERO.

ARTÍCULO IV.

La base de todo el mundo es el oro, y los caracteres mas nobles, cuando llegan á necesitar, se envilecen hasta la infamia. Hé aquí una máxima terrible, pero verdadera, que sentó un eminente escritor á quien un puñado de envidiosos destructores le apellidan anti-social y disolvente. Hé aquí consignada, no una pálida verdad, sino un axioma grande por excelencia.

Seamos francos siquiera una vez, y convengamos en que no admite la menor duda semejante principio. Conozcamos nuestras debilidades, y doblemos el cuello ante lo innegable de esta verdad. Nuestra propia conveniencia dice que no la reconocamos. Nuestro interés material nos la hace negar. Pero si dado nos fuera penetrar en el oscuro recinto donde se alberga nuestro corazón; si nos fuera permitido internarnos en el complicado laberinto de nuestros pensamientos, seguros de que no habíamos de estraviarnos en la multitud de sus senderos, veríamos que hay en él tantos arbustos y tantas flores artificiales, que una vez reconocidos todos ellos no aspiraríamos ningun aroma ni veríamos ningun fruto verdadero. En este ambulante salon de máscaras donde fingimos sin cesar, nos hemos conocido por el timbre de nuestra voz y por la naturalidad de nuestras acciones, y hemos concluido por imitarnos fielmente. Empero, la careta encubre nuestras facciones; arrojémosla, y veremos cuán diferentes son estas de aquella. ¿Pero quién osará despojarse del disfraz sabiendo positivamente que va á ser luego el blanco adonde todos dirijirán sus tiros? ¿quién será el osado que se atreva á dar el grito de franqueza y lealtad cuando abriga la convicción de que nadie le secundará? ¿Quién será tan imprudente que se atreva á correr la tupida cortina que cubre su corazón sabiendo que ninguno ha de imitar su noble ejemplo?

Ninguno, ninguno quiere ser el primero, porque desconfía de todos... Y aun de sí mismo desconfía tambien.

Seria un iluso todo aquel que desconociera el poder dictatorial del oro. No hay una sola criatura que no reconozca su influjo, y por eso hemos visto á los hombres arrastrarse unos á los pies de otros cuando por este medio piensan realizar sus miras de ilimitada ambicion. Las clases mas elevadas de la sociedad son las que están mas atacadas de esta funesta epidemia, sin embargo de ser ellas las mas opulentas. El desinterés, la lealtad acrisolada, los rasgos sublimes, los grandes pensamientos y todo aquello que constituye la verdadera nobleza, se encuentra en una clase que no nos es dado señalar. Ella ha visto con los ojos inundados de lágrimas cómo marchaba aquella al abismo, y en tanto esta padecía los tormentos y privaciones mas horribles, alzando su frente pura y majestuosa, sin que se viera en ella una mancha, siquiera fuese imperceptible. Esta ha visto y sufrido calamidades que la otra no pudo soportar porque le faltaban la robustez de alma y de espíritu tan indispensables para sobrellevar las desgracias. Acostumbrada aquella á la molición, le eran insufribles la humillacion y el trabajo. ¡No es extraño, se ajaba su natural orgullo! Mientras la segunda, por el contrario, nunca se creyó mas grande que en la adversidad. No es extraño, porque veia sometida á una prueba terrible su virtud, con cuyo escudo se defendia heroica y tenazmente, viniendo por fin á coronar sus hechos el laurel de la victoria. Aquella nunca peleó con nobleza porque ponía en juego medios ilícitos y reprobados. Muchas veces desertaron sus campeones y sus guerreros porque cedían á halagüeñas proposiciones ó á mágicos influjos... al oro. Muchos fueron los triunfos que la segunda alcanzó, puesto que peleaba con las armas de la honradez y se defendía con la coraza de la buena fé. Lejos de sufrir deserciones, sus filas se aumentaban considerablemente. Las discordias, la guerra intestina y las derrotas de aquella cundían y se propagaban con rapidez eléctrica, viniendo por último á perder su prestigio y su crédito, cuyos elementos son indispensables para una guerra de este género. Los triunfos de la segunda se difundían y se encomiaban con entusiasmo: resultando de aquí que su poder moral y material tomaba proporciones colosales.

Las revoluciones conmueven á los pueblos por sus movimientos: con ellas suelen caminar unas veces á la gloria; otras al sepulcro: con ellas el orden social se trastorna, pero otras veces se consolida: la ilustracion retrocede ó progresa.

La utilidad de algunas revoluciones solo se conoce cuando han trascurrido muchos años, cuando ha desaparecido una generacion. Los hombres que en ellos crecen y se dan á conocer, no se admiran cuando dejan de ser actores en el gran teatro de la vida. Así como el mar alborotado arroja á la playa multitud de asquerosos insectos en medio de los cuales se ven algunas piedras preciosas y otros objetos de la naturaleza, que el hombre solo contempla y admira cuando ha pasado la borrasca, así tambien de entre el tumulto de las revoluciones y de la lóbreguez de los calabozos saltan hombres de baja estatura, la cual á pesar de su pequeña condicion proyecta la sombra de un gigante. Estos hombres han padecido tanto que solo á ellos les es dable delatarlo con entera exactitud. Lucharon con ardor por restablecer un edificio arrojado por sus moradores, y sufrieron las miserias de la proscricion por mantener ilegas unas prerrogativas legítimas, unos derechos sagrados.

Pero sonó la hora de la justicia divina, y una santa revo-

lucion les abrió las puertas de las mazmorras en que tantos estuvieron llorando su desventura. Trábase esta sangrienta lucha de vida ó muerte. Ambas clases pelean con indecible heroísmo... y vence... vence la que no nos es dado señalar. Sin embargo de hallarse esta embriagada con el triunfo, una idea recorre su imaginacion, piedad con el vencido, tolerancia en las ideas. No se alzó ningun cadalso, ninguna espada se tiñó en sangre. Tan noble proceder aumenta su prestigio y engrandece sus hechos hasta entonces casi ignorados. En esta revolucion descuellan y se distinguen hombres tan grandes, que la posteridad oye contar sus proezas y las juzga tradicionales. Y estos hombres son de una cuna humilde, sin blasones; y mueren y no dejan á sus hijos otros capitales que un apellido entonces célebre, glorioso; un timbre mas grande que todos los demás, el de la honradez, el del talento. Y estos genios, estos semi-dioses pertenecen á una clase hasta entonces sumida en el olvido.

Consultemos la historia de todos los pueblos, y ella nos convencerá de la verdad.

Estos hombres, esta clase, es incorruptible porque no tiene mas capital que su virtud, y si pierde esta, perdió su subsistencia... Mientras que la otra, por el contrario, casi la es indiferente perder esta joya de inapreciable valor, porque convencida del estado de positivismo á que hemos llegado, confían que no faltará quien aprecie en cuanto valen sus talentos pecuniarios y tiene siempre muy presente este amargo axioma: la base de todo el mundo es el oro, y los caracteres nobles cuando llegan á necesitar se envilecen hasta la infamia.

GABRIEL FERNANDEZ DE CADÓRNICA.

LITERATURA ESPAÑOLA.

En la obra titulada *Historia comparada de las literaturas española y francesa*, escrita en 1842 por Adolfo de Puibusque, nos ha llamado la atencion, además del profundo conocimiento que de nuestros escritores tiene, lo concienzuda é imparcial que es su crítica.

Vamos á copiar literalmente varias de las notas puestas al tomo segundo, por lo interesantes que nos parecen, y porque prueban tambien cuán grande fué la influencia de nuestra literatura en el siglo XVII; y que si hoy la francesa nos impone la suya, no hace mas que devolvernos lo que en otro tiempo le prestamos.

Aparecen en primer lugar en dicha obra las imitaciones, ó mejor dicho, plagios de Hardy á nuestras novelas, habiendo sacado de ellas las siguientes composiciones dramáticas:

Cornelia, en 1609.

La fuerza de la sangre, en 1612.

Felismena, en 1613.

La hermosa Egipcia, en 1615.

Lucrecia ó el adúltero castigado, en el mismo año.

Fregonda ó el amor casto, en 1621.

De Pedro de Larivay, escritor menos célebre, tenemos *La Constanca*, sacada de una novela de Cervantes.

A Pichou se debe la comedia titulada: *Las locuras de Cardenio*, sacada de la novela que Cervantes escribió en el *Quijote*, y la *Infel confidenta*, imitada de la misma obra, y representada en 1630.

Tristan (Francisco) hizo representar en 1636 su tragedia titulada *Mariana*, imitada de la que escribió Calderon con el título *Del mayor monstruo los celos ó Tetrarca de Jerusalem*.

Voltaire escribió con el mismo título y el mismo asunto en 1724; y J. B. Rousseau, queriendo hacer triunfar al primero, retocó la tragedia de Tristan; la de Voltaire tuvo muy mal éxito; un año después volvió á ser resucitado este asunto por el abate Nadal.

Juan Rotrou, el protegido del cardenal Richelieu, ha dado al teatro varias piezas, de las cuales la mayor parte estan tomadas del español, como se puede ver por la siguiente lista:

El muerto enamorado, 1628.

Las ocasiones perdidas, 1631. *Ocasion perdida* de Lope de Vega.

La Feliz constancia, mismo año, mismo autor.

La hermosa Alfreida, 1634, mismo autor.

Las dos doncellas, 1636, imitada después por Guinault.

Hércules, 1637.

Laura perseguida, mismo año, imitada de la *Nise perseguida* de Bermudez, y aprovechada por Houdard de Lamotte para su *Inés de Castro*.

Ha sacado además Rotrou de nuestro teatro:

Celia ó el virrey de Nápoles, 1645.

Don Alvaro de Luna, 1647.

Don Bernardo de Cabrera, mismo año de Lope de Vega.

Venceslas, 1648, de Rojas *No hay padre siendo rey*.

Su última imitación data de 1650, año de su muerte, y es la pieza titulada *Don Lope de Cardona*, sacada de la que con igual título escribió Lope de Vega.

Entre los autores menos conocidos merecen citarse los siguientes:

El hospital de locos de Beys, imitada de la comedia de Diego de Torres titulada: *Hospital en que cura amor de amor locura*.

Beys ha dado con Guerin de Bouscal en 1636 *El amante generoso*, tomada de una novela de Cervantes.

En 1638 Guerin de Bouscal dió *Don Quijote de la Mancha*, tomada de la de Guillen de Castro, y en 1641 *El Gobierno de Sancho Panza*.

La *Guivairre*, de Gillet de la Tissonnerie, está imitada de una novela de Cervantes (1639).

Metel de Douville ha dado en 1641 *L'Esprit follet*, imitada de *La dama duenda* de Calderon; en 1645 *Los muertos vivos* de la de igual título de Lope de Vega, y del mismo *Amar sin saber á quien*.

El curioso impertinente y *Los inocentes culpables*, escritas por Debrosses, y representadas en 1645, estan tomadas, la primera de la novela de Cervantes, y la segunda de la que Calderon tituló *Peor está que estaba*.

Blanca de Borbon, por Regnault, imitada de una novela española y de los romances del mismo asunto.

La Bella Egipcia, imitada por la segunda vez por Sallebray, y sacada de una novela de Cervantes.

Hermenegilda, por Calprenede; sacada de una novela española. *Juicio de Carlos el Temerario* por Marechal, de una novela española. *Celia ó el virey de Nápoles*, por Rotrou.

En 1645 escribió Searrou el *Yodelet ó el amo criado*, imitación al pié de la letra de lo que escribió con igual título Rojas.

En 1647 el *Yodelet pendenciero*, tomada de una de Rojas titulada *Donde hay agravios no hay celos*.

En 1649 tradujo del español el *Herederio ridiculo*.

En 1652 *D. Yafet de Armenia*, imitada de Marqués de Cigaral, de Moreto.

Y en 1665 *El guarda de sí mismo*, de la de igual título de Calderon: tambien no es infundada la idea de los que creen que el viaje de Agustín de Rojas le sirvió bastante para escribir su célebre *Roman cómico*: además existen de él varias traducciones de novelas españolas.

Pierre Corneille debe á Rojas su *Beltran de Cigaral*, y quizás los *Criados* de Molière han sido vaciados en el mismo molde que el *Moscú de Las cañas se vuelven lanzas* (donde hay agravios no hay celos).

La educacion de Mlle. Motteville y de la Montpensier fué española de tal modo, que en todas las obras de estas dos escritoras se ven trozos enteros de nuestras célebres comedias y de nuestras novelas de costumbres.

Deben tambien notarse:

Yadelet astrólogo, de Douville; *El astrólogo fingido*, de Calderon; *La celosa de sí misma*, de Douville, de la de igual título de Tirso; y la *Zenobia reina de Armenia* de Montalvan, sacada de la de Calderon.

El amor á la moda, Tomás Corneille de *El amor al uso*, de Solís.

El encanto de la voz, del mismo; *Lo que puede la aprension*, de Moreto.

Las rivales, de Guinault, reproduccion de la de Rotrou.

La ingratitude generosa, de una novela de Cervantes.

El estudiante de Salamanca, imitada de la de Lope de Vega, por Corneille (Tomás), Bois Roberk y Searrou.

El guarda de sí mismo, de Tomás Corneille, de la de igual título de Calderon; y *El carcelero de sí mismo*, de Searrou. *Los golpes de la fortuna*, imitada de Calderon por Quinault y Bois Robert.

La banda y la pulsera de Lambert, imitación de la que escribió Enriquez con el título de *Lazo, Banda y Retrato*.

Mágia sin mágia, del mismo, de *Encanto sin encanto*, de Calderon.

El convidado de piedra, de la de Tirso por Devilliers, y posteriormente por Dorimon.

El fantasma enamorado, de Quinault, del *Galan fantasma* de Calderon.

La escuela de los celos, de Montfleury, del *Ángel fingido*, de Lope de Vega.

Las intrigas amorosas, de Gilbert; nueva imitación de la de Lope de Vega titulada, *Amar sin saber á quien*.

El celoso invisible, de Brecourt, del *Celoso engañado*.

La dama capitán, de la de igual título, por Montfleury.

El ateo fulminado, imitada de Tirso *El convidado de piedra*.

Si los datos, dice el autor de quien tomamos esta lista, no nos hubieran faltado, aun podríamos hacer una lista mucho mas larga de las imitaciones, traducciones y plagios que los escritores franceses han hecho á los poetas españoles del siglo XVII; pero basta con lo referido para probar que no siempre hemos sido nosotros los traductores, sino que ha habido para todos.

A. B. A.

AMOR.

Quand tout le monde es bossu la belle taille devient la monstruosité

(BALZAC.)

¿Whature you?

Y am á man.

(SHAKESPEARE.)

1.

La civilizacion ha cabado una tumba mas. A su contacto el amor ha muerto. Ya no es sino un ilustre difunto. Los sentidos quedan, el galanteo subsiste, la coquetería vive, el amor propio reina, y reina como siempre; sumo imperante; pero el amor ha fallecido y sus apariencias no son mas que apariciones.

Su tránsito por el mundo es la mas maravillosa de todas las historias maravillosas: á su imperio nadie ha resistido: nuevo caballo de Atila, donde ponía su planta no tornaba á brotar yerba; y semejante á la muerte, tambien del amor podía decirse *æquo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres*.

Como acaece con todas las cosas grandes sublunares, ignorábase su procedencia y el día de su nacimiento; nadie sabia á ciencia cierta si lo habían nacido en cunas de marfil ó en cuevanos de mimbre: si lo arrullaron los ángeles ó lo destetaron los demonios: si fué obra querida de Dios, ó engendro malaventurado de Satanás.

Ni por aquella máxima de Saulo, que encuentra en los efectos el criterio de la bondad de las causas, y de la pureza de los orígenes, podíanse tampoco soltar estas dudas ni despejar estas dificultades.

Los tocados de amor, como los tocados de demencia, recorrian toda la escala de las ideas, de los sentimientos y de los afectos. Nadie pudo marcar las fronteras entre el génio y la locura: ninguno supo tampoco fijar los límites entre el amor y el odio.

Labrando la felicidad, abria las puertas del alma á la dicha: ensanchando el corazón, debilitaba sus resortes: aguzando el entendimiento, volvíalo irritable; y si descubria nuevos horizontes al espíritu, en los anchos cielos que desplegaba á su mirada, la luz y llas tinieblas peleaban en un rudo y desastroso combate.

Cuanto aconteciera al alma rellejárbase en el cuerpo. A la flexibilidad y dulzura oponíanse, contrastándolas, el abatimiento y la postracion. A la limpidez seráfica de la mirada, el sombrío contorno de los párpados; á la fluidez de los sonidos de la palabra, un dejo amargo y estridente en la pronunciacion. Los amantes y las amadas así se asemejaban á las sombras téticas errantes de la mitología helénica, como á las almas bienaventuradas melancólicas del cielo cristiano.

El alma enamorada moraba en todo el universo, y en su indefinida peregrinacion por todos sus estensos prodigiosos ámbitos, respiraba las auras del Paraiso, la atmósfera de azufre del infierno; oia los cánticos de los querubines, las blasfemias de los demonios, se estasiaba en estática contemplacion ante la faz inabismable de Dios, y se revolvía en las crudelísimas angustias de una agonía sin muerte ante el rostro nefando de Luzbel. Así es que la máxima de San Pablo no daba frutos.

II.

Adolescentes de germánica prosapia, de color lívido y blonda cabellera, doncellas de ojos azules, de mirada vaga, de pecho palpitante, seres amantes, corazones tiernos, ángeles que cruzais por este mundo, leves como el deseo de la inconstancia, suaves como la hoja de una rosa, puros como el pensamiento de una virgen, almas usurpadas de la mansion de Dios por el celo malevolente del príncipe del mundo, segun Job, no lanceis contra mi espíritu el anatema de vuestra indignacion si la provoca mi filosofía. Llorad, sí, sobre la tumba del amor las lágrimas del deseo sin esperanza, porque el amor ha muerto; y pues yo no he sido su asesino, sino antes bien su Jeremías, lejos de merecer vuestra maldicion, hágame al contrario acreedor á vuestra benevolencia.

Nada digo á la humanidad meridional, á las hermosas de tez morena y ojear de fuego, á las que arrebatan con su palabra mágica, con su andar de nayadera, con su chispeante trato, con el aroma embriagador en que se mecen sus almas y sus cuerpos, ni tampoco á los apuestos donceles de estirpe árabe, de complexion atlética y de sangre hirviente y bulluciosa. El amor meridional (*daemonium meridianaum*) fué, es, y será siempre. No es sentimiento, es sensacion; no es sueño, es realidad; no vive vida de espíritu, sino vida de deseo; renace como el fénix de sus propias cenizas; es comun á cuantos seres pisan la tierra, rasgan los vientos, surcan los mares, poblando el universo. Tiene cura cuando enloquece al que lo siente, y está sujeto á la higiene, á la patologia y á la terapéutica.

III.

Para los pisaverdes y galanteadores, para los que cultivan la planta del requiebro y del floreo, para los que cruzan las calles y las plazas en perpétua incansable roada, para las jugadoras de miradas y de palabras tiernas, para los y las que representan á porfia en sociedad la caricatura del amor, dándole las formas de la insipidez, de la coquetería ó del amarelamiento, nada hay perdido. Eso á que llaman amor no es lo que ha muerto. Durará mientras duren la vanidad frívola, la coquetería presuntuosa, el multiforme amor propio, el *quitarreo* de los nervios, la aficion al dulcísimo *far niente di buono*, y la institucion del matrimonio, á un tiempo santuario de la familia y tumba del individuo.

Nada han perdido tampoco los fabricantes de papel, y los que tienen por encargo providencial sobre la tierra desempeñar el ministerio de la moda con todas las inmensas oficinas de sus innumerables afeites. Mientras existan hombres y mujeres, no perecerán los *dindies*, las *lionas*, los *cursis*, y nunca dejará de haber espejos, ilusiones, billetes, antojos, modistas, cartas, sastres, esuelas, peluqueros, perfumistas y demás sacerdotes y monacillos respetables del mas ridiculo de todos los dioses del Olimpo, el cual, aunque pasa por el dios del amor, es sin embargo inmortal, porque el amor á que preside no es el que ha muerto.

Don Cupido con su venda, con su aljaba y con sus flechas, niño de viveza ratonil, sándio de suyo, atreviduelo, empalagoso, entremetido y descortés, vivirá eternamente. Es el prototipo del *pollo* Proteo, especie imperecedera en la raza de los bipedes sin pluma.

Ni tampoco os conturbeis vosotras, las *primorosas* de quince para veinte ó veinticinco. Vuestros amores no estan emparentados ni de afinidad siquiera con el real difunto. No vistais lutos. Libres sois de continuar vuestros juegos de costumbre. Manuela, Marta, Inés, Clotilde, Berta, proseguid la entablada correspondencia; no descuideis la ortografía; mantened aunque me leais, las relaciones que os tienen distraidas. En nada cambie vuestra táctica tradicional. Al Circo, y al teatro Real: al Prado, y á la Fuente Castellana: cultivad la *zarzuela*, que es la fórmula dramática de toda época trágica. No olvideis la polka, la redowa y el valsar: no vayais á dejaros en casa el abanico y el pañuelo: no perdais la pista al triunfo de oros. Escarcead, escarcead, escarcead. Mucho escarceo. Sea vuestro decálogo el de siempre.

- Amar el matrimonio sobre todas las instituciones sociales.
- No afirmar nunca «de este agua no beberé.»
- Exhibirse donde haya gente.
- Honar los suegros posibles en gracia de los yernos probables.
- No administrar nunca calabazas definitivas.
- No perder la querencia á las artes del toreo, practicando con cautela las sábias reglas de un tira y afloja prudente.
- No rendirse desmayadas, ni osar presuntuosas.
- No abusar de la mentira, ni poner en descrédito la falsedad.
- No desear sino con moderacion el novio ajeno.
- No codiciar mas que lo codiciable.

Pero... Manuela, Marta, Inés, Clotilde, Berta, vuestros amores entretienen, distraen, pican, hieren, veranean, estimulan, alegran, solazan, dan alas al tiempo, conversacion á las gentes, pasto á la novela, gusto al mundo, parroquianos á las tiendas, vuelo á la industria, quehacer á los párrocos, que contar á los casamenteros (Corchados importunos), y ciudadanos á la patria. ¿Qué mas quereis? Tranquilizaos: vuestros amores no han muerto. Seguidlos, y proseguid dándoles, si gustais, el mismo nombre.

¿Cómo han de morir si ellos son al cabo la trama tradicional de la sándia vida humana?

IV.

Los abonados al teatro de la vida mundanal nada han perdido, nada tienen que lamentar tampoco. Anden su concurrido camino. Que hinchadas las velas de su vanidad por vientos de fortuna, logre próspero viaje su deseo. Séales luego la *memoria* leve, y no se tornen remordimientos sus recuerdos al fin de la jornada. Hayan, sin embargo presente que, como dice no sé

quién, «las debilidades y flaquezas humanas son esencialmente guerreras; no comportan la paz, ni dan tampoco treguas: lo que ayer les acordásteis, hoy, mañana y siempre lo seguirán exigiendo; de las concesiones hacen su imperio, y sin cesar van dilatando sus fronteras.»

V.

Pero, María... ¿me oyes desde el sepulcro? Alcese tu losa funeraria. Cáiganse las coronas de siempre vivas que la enorlan. Hágame luz en tu tumba. Abandone el aliento de los difuntos los aires del campo-santo en que tú moras. Salte á tierra tu sombra. ¡Viste las formas del ser, recuerdo mio! Aparece, María, y no desoigas mi fervorosa plegaria.

¡Ángeles del imperio de la nada! batid las alas, y franqueadla paso.

Abre ¡oh puerta fatal! tus negros quicios: Déjame entrar en donde yace aquella, Que quiero por los húmedos resquicios De la tumba mirar mi muerta estrella.

Baron de Biquezal.

Ya te miro; eres la de siempre. Bella como el alba. Melancólica como la predestinacion. Todavía está en tu frente estampada la huella del dolor. Tu mirar es el mirar de la esperanza que recela, y del recelo que espera. Andas como andabas, vacilante y sin afirmar las plantas. Sonries como sonreias. Es aun tu sonrisa, sonrisa de duda y de cariño.

María, Dios te guarde y seas la bien llegada. Perdona que no haya gastado contigo todas las fórmulas de la evocacion cumplida allá en usanza por los siglos medios, cuando los vivos andaban en buena armonía y frecuente trato con los muertos. No soy erudito, y por desdicha las ignoro. Si no, empleáralas en el caso presente, siquiera en gracia de lo mucho que creí quererte cuando pertenecias al mundo de los vivientes. Por otra parte, el nuevo procedimiento anglo-americano, el de silabeo por golpes, es tan cansado, que aunque aseguran multitud de doctores, y no doctores alemanes, americanos y franceses su eficacia, no me encuentro con flemma bastante para ponerlo en uso.

Mas dejando á un lado cuestiones de etiqueta, ruégote, María, que me escuches atentamente, y muy luego te convencerás de que nuestro amor ha muerto, de que *el amor*, por mejor decir, nunca ha existido.

¿Recuerdas nuestras cartas y conversaciones? Voy á reasumirtelas, y en dos quedarán todas ellas refundidas en síntesis perfecta.

Á MARÍA.

«Mi vida, bien de mi alma, sueño de mi deseo, pasto de mi esperanza, sea el Señor de los ángeles contigo, y solicito él, siempre te custodie. Mi existencia, antes de encontrarte en el camino que ando por la tierra, se revolvía en el vacío. Allá en los últimos misteriosos pliegues de mi alma, no sé qué espíritu vertiginoso se agitaba formulándose en deseos sin nombre, en esperanzas sin objeto, en pasiones sin color, en plegarias sin fin y sin principio, en pensamientos sin raciocinio, y en sensaciones sin sentido. El mundo era todo sombras, y como el poeta inglés, yo tambien me iba convirtiendo en sombra. Mi corazón era caos, mi ánima tinieblas. Tú has puesto el orden en mi ser, y al acento de tu palabra mi pecho se ha estremecido de deleite sintiendo brotar en su seno el sentimiento inefable de la armonía.

María, tú me eres cielo y tierra: junto á tí tu persona, y lejos de tí tu imagen, inundan mi alma con la dicha inenarrable del bienaventurado. Parece haber muerto al tiempo y nacido á la eternidad. Todo sino tú me hastía. El mundo ha desaparecido para mí. Tú eres el universo en que ahora habito.

¡Ay! si no poseyera en mi fé la fianza mas segura de tu cariño, yo acaso llegara á tener por imposible que tu corazón respondiese á mi corazón, que tu inteligencia comprendiese mi inteligencia, que sintiera tu alma como la mia siente.»

Á MARÍA.

«Ayer noche todo era movimiento y oleaje de vida en torno á tí. ¡Magnífico, espléndido sarao! El demonio de la hermosura temporal habia vencido al ángel de la belleza eterna. Todo embriagaba; los acentos satánicos de Straus; los vapores del Rhin, del Jerez y del Champagne; el crugido de la seda; la brisa de las blondas y de los encajes; el brillo deslumbrador de las pedrerías; el sonido contagioso de las danzas; el agitado insensato bullir de las gentes. Sin duda. El ángel caido presidia á los destinos de la fiesta, y tú sucumbiste, deleitándote, mareada tu vanidad por los efluvios de tanta magnificencia y tanta pompa, á su poderosa mágica fascinacion. Lo sé. Anoche no me amabas. Los vapores de la tierra enturbiaron los lípidos cristales de tu alma, y tu pureza de virgen huyó al cielo á refugiarse bajo las alas de los serafines.

Has trocado mi paraiso en infierno, María; ya no oigo pronunciar, sino como en la mansion del ángel caido, palabras de nefanda blasfemia, protestas de sacrilego encono, y lamentos de pesar sin esperanza. Jamás podré perdonarte, porque comprendo que en lo íntimo de mi ser jamás tampoco dejaré de amarte.»

Ahora bien, dime, sombra ó recuerdo, dime, ápiricion evocada, verdad; ¿qué tales eran las dos fases del que llamábamos nuestro amor?

Pues lo que llamábamos nuestro amor era una ilusion de óptica, un alucinamiento del alma, un juego de sentidos, una fantasía de la voluntad, un suave sueño, y á las veces una horrible pesadilla. Tú me exigiste un juramento, y cumpliéndolo voy á revelarte la amarga verdad.

Yo nunca te amé: tú jamás me amaste.

El que afirma la existencia del amor *reciproco*, es un poeta ó un impostor, y en todo caso merece calabazas.

En ti no eras tú á quien yo amaba, sino á mí mismo, á la

personne de moi. Tú, ¿qué eras sino el espejo en que se reflejaba mi alma devolviéndome la imagen de mi deseo? Yo, ¿qué era sino el eco que te devolvía tu propia voz?

Tú eras una creacion mia, y yo adoraba á fuer de autor en mi libro. Yo era una obra tuya, y tú te estasiabas contemplándola cual artífice solícito.

Si tu mirada érame rayo de luz que ceflicaba la vida de mi corazón, ¿quién sino mi esperanza, quién sino mi fé, quién sino mi deseo le comunicaba el ser y la eficacia? Si mi palabra abría á tu espíritu las puertas del cielo, ¿quién sino tu poder tornaba poderosos mis acentos rudos?

Conversaba contigo, y cuando creia verte y oírte, y conoerte y sentirte, desdichado juguete de la ilusion, á quien veia, oia, sentia y conocia, era á *mi idea*, idea que el azar, emperador del orbe, habia vestido por antojo con tus carnes y vivificado con tu sangre.

Prestábase todo aquello que mi alma necesitaba con necesidad poderosa: te engalanaba con mis deseos; entreteja tu sér con los despojos de mi pensamiento; comunicaba á tu corazón todos los ardores del mio; te traspasaba, en fin, mi existencia.

Tú, cuando juzgabas con sinceridad adorarme, eras tambien víctima inocente del error. Yo no era sino el pobre altar en que rendias culto á tu imagen, quemándola incienso con la profusion y el enternecimiento con que todo ser se ama á sí mismo.

El amor no ha existido en el mundo sino mientras la humanidad ha recorrido la fase de su vida espontánea, y como dicen los filósofos, *inconsciente*. Entrada ya en las vías de la vida *consciente*, la ilusion se ha disipado, y el hombre, como en pena de haber descubierto el velo que escondia la verdad, ha perdido una de *las maneras de ser* mas extraordinarias que existen.

Sea esto un bien ó un mal, ello es lo cierto, que en una época en la cual todo hombre calcula y reflexiona desde que sale al mundo (y cuando salga, díganlo los pollos que hoy se estilan), se ha hecho imposible la creencia en el amor *reciproco*.

Antes la fé lo evocó del país *du Tendre*. Hoy el análisis le ha dado pasaporte para el otro mundo. ¿Cómo ha de ser! *Requiescat in pace*. ¿Qué de vueltas das, mundo! ¿Qué de giros vas tomando, inteligencia! ¿Cuál será la evolucion final de eso que llaman corazón humano?

En su tiempo Platon distinguia dos Venus. La una llamada Urania ó celeste, que es la mas antigua, hija del Empíreo, y cual Minerva, sin madre. Urania desdena los placeres y engendra la virtud comunicando fortaleza al alma. La otra es la vulgar: llamábase Aphrodita. Debió el ser á Júpiter y Dione, y vertieronla al mundo las espumas de los mares para que fuera dominadora de sentidos, conturbatriz de la tierra y azote de las gentes.

Urania ha muerto. Séale la tierra leve. Aphrodita goza de muy buena salud, y de cuando en cuando suele por capricho andar por la tierra disfrazada con los trajes de la difunta.

Por esta Aphrodita hubo de decir sin duda aquel antiguo: «La mujer es el mas lindo defecto de la naturaleza.»

VII.

Aquí pongo fin á mi *razzia* humorística por las variadas comarcas del país *du Tendre*. Aventurero de pensamiento y emprendedor de raza, á impulso de los instintos de la *verde Erin* que aun se agitan en mi sangre, he dado rienda suelta á mi pluma caprichosa y aun no domesticada por el *arte*, sin cuidarme de las mal nacidas y estiradas conveniencias que pasan por literarias. ¡Viejas coquetas! ¡Lector, lector! qué paciencia la tuya! pero tambien ¡qué cachaza la mia! Porque á la vuelta de todo, ¡qué diantre! no eran menester tantas palabras ni tanto tiempo para descifrarle el sentido filosófico de aquel remedio gimnástico de la culta Grecia, de aquel remedio tan heróico que ó curaba radicalmente del amor ó ponía fin á la vida del amante.

No eran menester tantas palabras ni tanto tiempo para sentar estos aforismos.

El amor ha muerto. La humanidad ha dado el gran salto de Leucades. El salto de Leucades es el análisis.—Vale.

ISIDRO WALL.

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS DE UN SARGENTO POLACO.

Con envidia me acuerdo yo de Atila, que trabó mil combates, y en su milésima batalla experimentaba aun lo que él llamaba *gaudia certaminum*, las delicias del degüello... ¿Háse visto general tan viejo y vicioso como él? Por lo que hace á mí, que soy sargento de artillería ligera, confieso con franqueza que no he tenido una decidida pasion por la guerra, sino durante mi primera semana de recluta voluntario, y que no he saboreado las delicias de Atila mas que una sola vez en mi vida. Difícil será que yo olvide mi célebre semana, ni mi primera accion.

Una primera batalla parece muchísimo á una primera pasion. ¡Cuántas esperanzas! ¡qué de ilusiones!... Cuando está próximo el instante solemne que decide de la suerte de las naciones, cada soldado se figura que va á desempeñar el papel de... del mas completo de los héroes históricos ó novelescos! Llega en fin la hora de la pelea; se entra en ella con una impaciencia mezclada de inquietud; se experimenta una alternativa que nos lleva á las agonías de la muerte, ó á los accesos de un júbilo frenético; se siente un terror pánico que nos domina, ó se mira uno elevado á la cresta del orgullo triunfal. En una hora se suceden un ejército de sensaciones, se amontona un botin de recuerdos para toda la vida. Mas para sentir todo esto con energía es preciso un corazón virgen, un corazón de recluta.

Dicho está que no hay hombre que no pueda componer una buena novela sin mas que referir con sencillez la historia de un primer amor. Esto me anima á escribir la de mi primera batalla; y añadiré, que esta batalla es el episodio de una célebre lucha que por sí sola valió tanto como una ruidosa victoria, y que en su tiempo llenó de asombro á todos los pueblos de la Europa. Por cierto que aquel tiempo está ya muy lejano, que los pueblos han olvidado ya nuestros reveses y nuestros triunfos... pero los soldados polacos siempre tendrán en memoria la jornada de Stoczek.

Después de la revolución de 29 de noviembre resolví entrar en el servicio. ¿Seré de infantería ó de caballería? Esta era toda la dificultad. Al fin de fijar mi elección recorría yo las calles de la capital, y examinaba atentamente los uniformes de los regimientos. Primeramente me paré delante de un destacamento de granaderos. Iban en columna cerrada; su marcha era silenciosa, regular, imponente. Todos tenían grandes bigotes y galones de premio en los brazos. Eran veteranos, restos de las legiones de Napoleón. Todos los miraban con respeto, abrían calle para dejarlos pasar, y oía yo susurrar á mi alrededor: ¡estos son verdaderos soldados, estos son nuestros defensores! ¡Qué felices son! pensaba yo; ¡qué magnífico, qué majestuoso es ser granadero! Me aproximé al pelotón, me coloqué al lado del tambor, y marchando *granaderamente* al son de la caja, buscaba con la vista al comandante; yo quería alistarme en el acto, cuando en el otro extremo de la calle veo aparecer, veo brillar un nuevo meteoro militar. Un husar (*Krakus*) montado sobre un caballo blanco, él mismo todo blanco, capote blanco, *schacós* blanco, plumero blanco... parecía un cisne nadando sobre las negras oleadas de la multitud. Hacía mil evoluciones á cual mas graciosas; hablaba á los de á pié, daba

gimientos, ni la del mismo Joseph Poniatowski á la cabeza de las legiones victoriosas, habían escitado un entusiasmo igual á aquel con que los varsovianos saludaron las pieles de tejon y los zapatonos de madera. No eran ya aplausos ni sonrisas lo que se les prodigaba; eran gritos, mil *honras*, eran bendiciones mezcladas con los sollozos de la innumerable poblacion. Porque el pueblo con su admirable instinto comprende siempre la belleza de todos los cuadros. A la vista de aquellos sacerdotes, de aquellos labradores que abandonaban sus celdas solitarias y el sombrero de sus hosques para combatir al enemigo de la Polonia, el pueblo imaginaba con espanto lo inminente del peligro y al mismo tiempo descubria con confianza los medios de defenderse.

Me dió una violenta tentacion de coger inmediatamente una hoz ó una escopeta de aquellas y meterme en el grupo de los campesinos para tener parte en los honores de la triunfal entrada. Mas ¿cómo era posible? ¿Cómo imitar el aire malicioso y atrevido de los rústicos, al aspecto sombrío y feroz de un cazador de las orillas del Niemen y la elevacion de sus estatuas y la anchurosidad de sus espaldas? En medio de aquella gente hubiera yo parecido un conejo entre una bandada de lobos.

tomé una continencia mas grave y marcial; estendi solemnemente mi mano derecha y la dejé caer sobre mi propiedad, mer pilar del templo de mi gloria, el primer escalon de mi grandeza militar, tal vez de mi trono! ¡Un cañon bien servido decide muchas veces de un combate, cuando no de una campaña! ¿No empezó Napoleon por mandar un cañon? Henchido por su querida; no me apartaba de él ni un solo punto. Examiné sus defectos y sus cualidades, estudié su carácter, y no tardé en adquirir un exacto conocimiento de su persona en lo físico y en lo moral. ¡Tengo tan presente su fisonomia, que de tan familiar, que la hubiera distinguido en un cañoneo como el de Leipzig ó el de Ostrolenka. ¡Pobre cañoncito, que será de él! ¡en qué manos habrá caido! Estoy seguro de que nadie le entenderá como yo. Este pensamiento es mi único consuelo. ¡Pobre cañoncito! Era una piececita de á ocho; pero me parecía muy grande, porque encerraba mi porvenir. Muy bien montada (se entiende), fácil de manejar, y de una certeza admirable de tiro.

un placer inefable que libre y tranquilo reposaba sobre su cueva virginal. Su boca abierta estaba como respirando la brisa de la mañana, y su ojo resplandeciente reflejaba los rayos del sol. Me volví á acostar en el suelo, y tuve buen cuidado de abrazarme á los rayos de la rueda, para defender mi tesoro contra toda sorpresa real ó fantástica.

Así se pasó una semana, la primera semana de mi casamiento con la hermosa pieza de á ocho, semana de boda para un sargento de artillería, la semana mas feliz de mi vida! No tenía un momento desocupado; parecía haberse cumplido el objeto de mi existencia; toda mi alma estaba concentrada en el calibre de mi cañon.

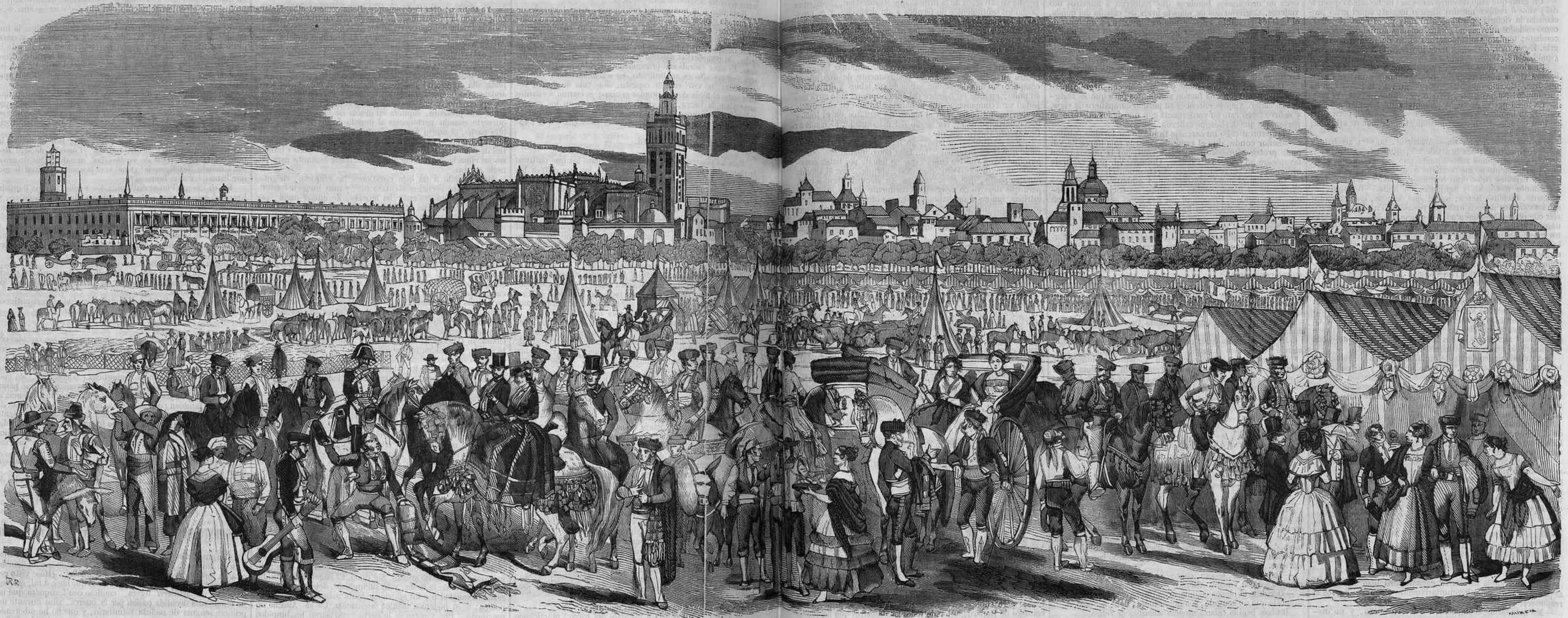
Entre tanto nos fuimos acercando al Vistula; los lielos estaban grietas mas ó menos profundas. Nuestro coronel con ayuda de una horquilla, fué el primero que se aventuró metiéndose en el agua hasta las rodillas; diónos orden de seguirle. ¡Seguirle! ¡con nuestras piezas sobre un hielo tan poco seguro! Yo estaba pálido como la muerte: todas mis esperanzas militares amenazaban ruina. Por fin llegamos á la opuesta banda gritando: ¡Viva la Polonia!

eran gritos de victoria. Nuestra vanguardia acababa de hacer prisioneros cosacos. ¡Primer triunfo! Era inexplicable nuestra alegría. Aquellos cosacos barbudos, desarmados, iban á pié con la cabeza baja, y el aire contrito. Conforme iban desfilando nuestros soldados bisoños les dirigian burletas, injurias y amenazas. Buenas ganas se me pasaban de hacer otro tanto; mas conociendo los deberes de mi grado, me revestí de severidad, y dije: ¡Soldados polacos! ¡respetemos la desgracia! la suerte de la guerra es dudosa. ¡Muerte á los opresores! ¡Perdon á los vencidos! ¡Viva la Polonia!—Los soldados guardaron silencio, impresionados de mis sentimientos generosos y de mi sentenciosa elocuencia. Continuamos nuestra marcha. Algun tiempo hacia que observaba yo á mi lado un artillero veterano que se levantaba sobre los estribos, alargaba el cuello, levantaba la cabeza, y miraba por encima de los hombros de sus camaradas. ¿Qué estas mirando, Mateo?—Mi sargento, aquellos condenados bribones, que el cielo confundió.—Y señalé con el dedo las vecinas eminencias. Entonces eché de ver sobre la colina de enfrente una cresta negra. ¿Si será maleza, ó mas bien *schakos* rusos? Yo no podía examinarlo. En esto llegan unos ayudantes de campo gritando con toda su fuerza: ¡avance la artillería, en

Esta escena de austeridad se modificaba á menudo con bromas y ocurrencias. Siempre que se tiraba una bala rástrera, los bisoños no dejaban de acompañarla con sus deseos y consejos. Una bala haciendo regates puede verse mucho tiempo y á larga distancia. Si daba en inclinarse á la izquierda, se le trataba de restituir la direccion gritando: ¿á donde vas, demonio? á la derecha con mil santos! Si hacia un regato sobre la derecha, se la animaba... eso es, querida mía, ¡bravo! así, así... siempre derecha. De este modo se la sermoneaba hasta que caía en las líneas rusas en medio de mil aclamaciones.

No sé á punto fijo cuántas horas duró el cañoneo. Aunque absorbidos en una actividad calenturienta, se nos hacia largo el tiempo, y empezábamos á desear que anocheciera. La artillería rusa nos llevaba notoria ventaja, por el número y calibre de sus piezas: habíamos perdido alguna gente, teníamos muchos heridos, estábamos estenuados de fatiga; pero nuestro espíritu no se habia afectado en lo mas mínimo, y nadie soñaba en retirarse.

De improviso oímos á nuestra izquierda una estrepitosa descarga. Los rusos acababan de descubrir por este lado una nueva batería que nos cogía de costado. Volvimos nosotros dos caño-



la mano á los ginetes, saludaba á los balcones adornados de hermosas varsovianas. Robaba la atención general; los hombres le aplaudían, las mujeres sonreían con él. Dejaron pasar en silencio el destacamento de los bigotes largos; el airoso *Krakus* era el objeto de la admiración popular, el ídolo del momento. No pude menos de reparar en que el uniforme de caballería sentaría muy bien á mi edad y á mi figura. Adiviné en fin mi vocacion, y dije para mí: Dios me creó para ser *Krakus*.

Al momento me volví en direccion de los cuarteles de caballería; en medio del camino me encontré envuelto en una inmensa muchedumbre que me arrastró hacia una puerta de la ciudad. Allí se agolpaba el pueblo para recibir un nuevo cuerpo de soldados. Ya estaban entrando. Un personaje singular abría la marcha; era este un viejo capuchino con su sayal, á caballo: con una mano empuñaba la lanza, y con la otra echaba bendiciones al pueblo que besaba sus pies. Seguían al capuchino mil cazadores de los hosques de Augustow. Traían escopetas de dos cañones y grandes morrales de piel de tejon, cuyas uñas bruñidas colgaban á sus espaldas. Otro millar de campesinos armados de hoces dentadas y hachas resplandecientes cerraban la comitiva. —Ni la entrada de los mas lucidos re-

¿Qué me habia pues de hacer, *Krakus* ó granadero? Me hallaba en estremo perplejo.

Un coronel conocido mio que pasaba por allí me tocó en el hombro. «Tengo á mis órdenes un cuerpo volante, me dijo; mi vanguardia ha marchado ya, hoy salgo de Varsovia, necesito artilleros; ¿sabéis dónde haya artilleros? Yo alisto á los que quieran serlo.—Aquí tenéis uno, le respondí, poniéndome militarmente derecho; yo seré artillero vuestro.—Bien, dijo el coronel; pronto, pones el uniforme, venid á mi casa esta noche... artillero, ¡á las diez en punto, me entiendes!» Este era el modo de alistar los soldados durante la revolución.

El mismo día á las once marchaba yo de uniforme al lado de los cañones. Sobre la marcha nos ejercitábamos en la maniobra. Me apliqué á ella con tanto cuidado, y me atreví á decir con tal inteligencia, que á los tres dias me nombraron sargento y me dieron el mando de un cañon. La calumnia llegó á decir que debía mi grado á la particular proteccion del coronel.

Sea como quiera, yo mismo quedé sorprendido, atónito y casi avergonzado de mi súbito ascenso. No sabia dónde estaba, y solo al cabo de muchas horas de una muda sorpresa, empecé á sentir la influencia de mi nueva posicion. Involuntariamente

Apenas me alcanzaban los dias para cumplir con mis deberes hacia el cañon, y por la noche no dejaba de ocuparme de este objeto de mis amores. Una noche, por ejemplo, no bien me hube quedado dormido, cuando creo ver que empieza la batalla, reconozco enfrente de mí al mariscal Dybitch; le tomo por blanco, apunto, tiro... mi bala le parte en dos pedazos. Me abalanzo á cortar la cabeza del mariscal para llevarla caliente aun al generalísimo Radziwill; pero el cadáver de Dybitch se dió tal maña á defenderse, que me despertó. Lo que hay de cierto es que en vez de la cabeza rusa, tenía yo agarrado á uno de mis camaradas. Otra noche fué mucho peor; vi á la caballería rusa caer de improviso sobre nosotros; me mataron al primer envite; asesinaron después á todos mis soldados; por último un coracero ruso se montó sobre mi cañon y empezó á clavarle arrojando sobre mí una mirada de desprecio. Sentí entonces todos los tormentos del marido de Lucrecia, del padre de Virginia. Yo estaba muerto, tieso; con todo hice desesperados esfuerzos para dar señales de vida; conseguí en fin dar un grito tan desentonado que ahuyentó mi pesadilla, y puso en alarma á todo el campamento. Desperté sobresaltado; el día empezaba á rayar; yo buscaba con los ojos mi cañon, y vi con

Aquella noche alcanzamos á nuestra vanguardia, ó por mejor decir, nuestro cuerpo de ejército. En él ya nos esperaban con impaciencia. Los soldados nuevos tienen una alta opinion del poder de la artillería; tenían por lo tanto alguna inquietud por no verla llegar la víspera del ataque. Así que empezó á retumbar nuestra marcha, se conmovió todo el campamento. ¡Ya viene la artillería! ¡viva la artillería! gritaban por todas partes. Nos salieron al encuentro, y nos colocaron en medio del campo.

Nosotros saludamos con entusiasmo á nuestros camaradas. Después de haber marchado hasta allí solos y aislados, nos encontramos de repente en medio de un cuerpo de valientes que nos parecía numeroso. Tomó alas nuestra confianza. La fuerza total no era mas que doce escuadrones de caballería; pero esos escuadrones cubrían un gran espacio de terreno. Pasábamos nuestras miradas altaneras por un bosque de lanzas, cuyas flamantes banderolas presentaban sus colores vírgenes todavía de sangre y de polvo. Se cenó alegremente, y dormimos arrullados por una música guerrera, y canciones de mazurka.

Al salir el sol entramos en un pueblito. De repente oímos voces confusas. Se hizo alto, se envió á reconocer;

posicion!—Partimos al galope... ¡se oyó un cañonazo: la bala nos mató un caballo, nos cubrió de polvo, y desapareció haciendo recobecos. Subimos á unas alturas, y nos vimos enfrente del enemigo que hizo redoblar sus fuegos.

Una vasta llanura bordeada de matorrales y de bosques se extendía hasta perderse de vista. En el centro de esta llanura los rusos pusieron una batería de doce cañones de grueso calibre, que vomitaban sobre nosotros balas y granadas. Detrás de la batería se veían grandes masas de caballería, que permanecían inmóvil. La nuestra lo mismo, á pié firme, en observacion, dejando á los artilleros continuar su cañoneo.

He notado que las tropas, segun sus diferentes armas, toman en el combate una actitud y un carácter de fisonomia, que les son peculiares. Los artilleros, por ejemplo, no tienen ni la impetuosidad de la caballería, ni la impaciencia de la infantería; atentos á la voz de mando, prontos y exactos en sus movimientos, parece que conservan toda su sangre fria, mientras que sus ojos irritados por el humo y llenos de sangre, sus cejas contraidas, sus caras pálidas, sus labios oprimidos, su espresion cortada y dura, significan una cólera y una rabia concentrada.

nes contra aquellos nuevos interlocutores; nuestra posicion iba siendo cada vez mas critica. ¡Seis cañones de campaña contra veinte piezas de grueso calibre de los rusos! Nuestros soldados parecían como espantados de semejante desproporcion de fuerzas. Nuestros movimientos iban siendo menos rápidos, nuestras descargas menos frecuentes. Las ocurrencias y los chistes habian cesado.

No parece sino que nuestro comandante esperaba que los rusos divudiesen sus fuerzas para atacarlos; yo al menos me contento con suponerlo así, porque no pretendo meterme á explicar los planes militares. Lo que sé de fijo es que en el momento mas critico oímos á nuestra izquierda ruido de caballos que se precipitaban al galope; pocos minutos después la segunda batería cayó; estaba tomada.

Nuestro comandante volvió; corrió hacia el grueso de nuestros escuadrones; ¡avancen, exclamó, al trote! Y nuestra caballería avanzó formada en dos líneas; gritaron los artilleros delante de nosotros. Se va á dar una carga, gritaron los artilleros.—¡Cesamos de hacer fuego. ¡Qué espectáculo! Los jóvenes lanceros echando fuego por los ojos, con los rostros inflamados, riaban de impaciencia; obedecían á su pesar las órdenes save-

ras del comandante que no cesaba de repetir: ¡al trote, marchen! ¡al trote, adelante! En el movimiento de las banderolas se echaba de ver la violencia con que se agitaban las manos de los soldados. Por fin, sonaron las trompetas; las banderolas desaparecieron; bajáronse las lanzas; se dirigieron hacia el enemigo: ¡adelante ¡al escape! ¡avancen!...

Partieron... Nosotros permanecimos al lado de los cañones, sin hacer nada, y casi sin pensar en nada. Nuestro cuerpo, antes tan bullicioso, tan movible, parecía petrificado. Nuestras almas volaron á lo lejos, unidas á los hierros de las lanzas de nuestros ginetes. ¡Ya se aproximan á los rusos! ¡Ya los rusos se preparan á recibir la carga! Nosotros subimos encima de nuestra cureñas y cajas de municiones; mirábamos inclinados adelante con la boca abierta. En aquel instante se hubiera sentido volar una mosca. Conocíamos que de aquel choque pendía nuestra suerte, la de nuestro ejército y quizá la de nuestra patria. Fué un momento de expectativa y de angustia indecible. Afortunadamente aquello no duró mas que un minuto.

Nuestra caballería dió con los rusos en medio de la llanura; las dos líneas chocaron y se confundieron. La masa total se detuvo, remolineó en el mismo sitio, y desapareció como la polvareda impelida por el huracán.

Un grito que salió de entre nosotros (no he sabido quién le dió) vino á romper nuestro silencio mortal; aquel grito proclamaba la victoria; pero encontró muy pocos ecos. Nosotros, como soldados nuevos, no comprendíamos aun el resultado del combate; temíamos abandonarnos antes de tiempo á la alegría. Esperemos, decíamos: nada hay seguro, nada se ve. Pero ¿qué hacen? ¿Dónde están?

Finalmente, una parte de aquella masa que vimos en la llanura volvía hacia nosotros. Distinguimos las divisas de los nuestros. ¡Reconocimos sus gritos de guerra: la Polonia no ha sucumbido! No hay duda, volvian victoriosos.

La masa que se acercaba presentaba un singular espectáculo. Eran hombres á pié, soldados de todas armas, pertrechos de toda especie. Eran rusos prisioneros con toda su artillería, parques y bagajes.

No traté de pintar nuestra alegría, nuestra arrebatada alegría. ¡Dios mío! ¡toda la artillería! ¡aquella formidable artillería!—Nos arrojamos sobre aquellas piezas, las abrazábamos... en aquel momento no me acordaba de mi pieza de á ocho.

Los cañones rusos eran hermosos, grandes, nuevos, perfectamente montados y equipados en regla.—Reparad, mi sargento, exclamó Mateo; mirad qué dorados, qué brillantes son los cañones de esos malditos rusos!—Yo me puse á acariciar con placer la pulimentada superficie del bronce, y todo el mundo repetía: ¡qué brillantes son los cañones de esos malditos rusos! ¡Pero qué calibre! observaba otro artillero: ¡esto es lo que se llama un calibre! ¡una boca de fuego!—Me puse á medir el calibre de un obús, y todos repetían: ¡cuidado con el calibre de los dichos cañones! Pasamos á examinar los atelajes, y continuaron todos exclamando: ¡que soberbia baqueta tienen esos malditos rusos!

Imposible parece adivinar lo que nos puso mas contentos: ¿podrá creerse? pues fué la avena. Nuestra caballería carecía de forrajes; los rusos los tenían en abundancia; sus carros, sus arzones, hasta las cureñas de sus cañones estaban llenas de avena. Nuestros soldados se fueron á ella con avidez: la metían en sus morrales y en sus bolsillos, declarando que jamás se había visto avena tan admirable.

La llegada del comandante excitó nuevos trasportes de entusiasmo. Volvía cansado, cubierto de sudor y de polvo. Le rodeamos en tropel. El solo, en medio de la agitación universal, estaba tranquilo y silencioso, mas parecía profundamente conmovido.—Hijos míos, dijo, os prometí conducirlos al enemigo; vosotros me prometisteis vencerle; todos hemos cumplido la palabra!

Así acabó la jornada de Stoczek; por la noche no se hablaba de otra cosa. No había auditorio, todos llevaban la palabra; todo el mundo era valiente en la pelea é ingenioso en la conversación, porque todos eran dichosos.

Si alguna vez tengo la fortuna de combatir por mi patria, si veo algun día el ejército ruso destruido, si encuentro mi piececita de á ocho y disparo con ella balas á la cúpula dorada de la fortaleza de San Petersburgo, indudablemente seré entonces feliz: pero no sentiré ya, ni en ese día, lo que disfruté en mi primera batalla, en la jornada de Stoczek (4).

UNA CONDESA.

(Conclusion.)

Esta ocurrencia de mujer encantadora hizo estremecer al pobre criado, y dió involuntariamente á conocer su voz al responder.

—Me mandaron acompañar á Vd., caballero, y no distraerle.

Atónito quedó el aventurero al conocer la voz del conde. Pero ¿qué interés tenía en acompañarle disfrazado en su peregrinación?

Esto se explica. Atormentado por los celos, y temeroso al mismo tiempo de enojar á su mujer, creyó que el viaje á España sin pasaporte era una farsa para que le detuviesen los gendarmes en el camino, y pudiera volver á su granja á jugarle una treta. A consecuencia de esto, dirigió sus baterías para que en ellas se estrellasen los ingeniosos ardides del terrible corsario Enrique Solan, y resolvióse á proteger por sí mismo su travesía, de modo que no pudiese regresar á Francia, al menos por mucho tiempo.

No se empeñó el aventurero en penetrar semejante misterio, y si solo se gozó en martirizar al conde haciéndole mil preguntas con respecto á su mujer, á cada cual mas indiscretas, hiriendo su orgullo de conde y sus celos de marido bajo de su librea de criado.

De tormentos en tormentos llegaron al término de su carrera, y el solo nombre del conde había sido suficiente para

(4) El comandante del cuerpo, que alcanzó la brillante victoria de Stoczek (que fué la primera de la guerra de Polonia), era el intrépido general Dwernicki, que después fué presidente de la comision polaca en París.

que no los parasen en el camino. La última centinela francesa había quedado ya muy atrás.

—Ya está Vd. en España, caballero; y yo me voy á volver.

—No por cierto. Aun no veo á los que deben de esperarme aquí, y acaso pudiera necesitar de Vd. Al llegar á aquel bosque de la derecha despidió á Vd.

Al estar ya en el bosque se paró el aventurero.

—Doy á Vd. mil gracias, señor conde, por el favor que acaba de hacerme. ¿Creía Vd. que no le había yo conocido? ¿A qué tomar ese disfraz...? Vaya, perdóneme Vd. las chanzas que gasté en la caminata, y vamos á otra cosa. Ya le he dicho á Vd. que no dejaba de haber sus peligros en nuestra expedición. ¿Es Vd. valiente?

—¡Caballero!!! dijo el conde rechinando los dientes, tengo el valor de todo hombre bien nacido.

—Me alegro. Pero no interprete Vd. mal mis palabras. Pregunté á Vd. si era valiente, porque está ahora embarcado en una aventura en que tal vez pudieran sufrir sus nervios violentas convulsiones, si es que conociese el miedo.

Y púsose nuestro héroe á silbar con tanta fuerza, que en medio de la noche y en aquel espeso bosque hubiera hecho temblar las piernas al mismo Francisco Esteban. Salieron á los silbidos, de detrás de las malezas, como hasta media docena de malcarados hombres que rodearon á nuestros dos viajeros. Cogieron dos de ellos la brida del caballo del conde, el cual les preguntó balbuceando qué querían, y en lugar de responder, le hicieron bajar bruscamente de su caballo.

—Señor conde, le dijo entonces el aventurero que le había tendido aquel lazo, Vd. acaba de hacerme un señalado favor. Debiera darle á Vd. las gracias; pero se las daré cumplidas dentro de algunos dias. Por ahora necesito todavía otro sacrificio de parte de Vd.

Quiso finchase el conde y responder con orgullo; pero unos pocos hurgonazos fueron suficientes para que se resignase á callar. Alejóse entonces su pérfido compañero de viaje, y estuvo largo rato en conferencia con uno de los misteriosos personajes que del bosque salieron.

Trajeron al cabo un carruaje tirado de un fornido caballo.

—Señor conde, dijo el aventurero, si la sola librea de Vd. pudo proteger nuestro paso hasta aquí, por la misma razon favorecerá mi regreso á Francia. Quitese Vd. pues ese traje indigno de su persona, y desélelo á este muchacho.

Obedeció el conde sin replicar, y embutiéndose el mozo dentro de su librea, montó en calidad de cochero. Ya tenemos regresando á Francia al que dos horas antes quería con tanto afán poder entrar en España.

Al despuntar el dia quedaron en libertad el conde y su caballo para tomar el camino de su granja. A su llegada, fué tormentosa la explicacion del viaje que hizo á la condesa: afortunadamente nunca faltan buenas razones á la mujer para apaciguar á su marido.

Pero ¿quién era su comun mistificador? Perdianse los dos en mil conjeturas.

A los pocos dias entregó un mozo á la puerta de la granja un barril de vino de Jerez con su direccion al conde, y un paquete cuidadosamente cerrado con el sobre á la condesa. Ademas de esto dejó una tarjeta al portero y desapareció.

Leíase en aquella tarjeta: «Adolfo Desneus, contrabandista.»

Juró el conde no tener mas celos en su vida, y entre tanto mandó que bajasen el barril de Jerez á su bodega.

La condesa se propuso para en adelante no tomar por príncipes á los contrabandistas. Temblando de cólera abrió el paquete, y halló en él una pieza de blondas de mucho precio, que prometió enviar al cura de la parroquia para que hiciera de ellas un sobre-mesa de altar.—No se sabe si al fin cumplió con su segunda promesa.

LAS TRES REINAS.

(Conclusion.)

CAPÍTULO XI.

Después de la salida del gobernador de la Torre, se entregó la princesa Isabel á profundas meditaciones, de las cuales le sacó Sir Tomás Bridge, que entró en su cuarto seguido de dos criados y una criada. Estos colocaron varios manjares en una mesa y se retiraron en silencio: al hacer lo mismo Sir Tomás, le preguntó la princesa qué respuesta había dado la reina á Sir Enrique.

—Tengo órden, señora, contestó aquel, de no entrar en comunicacion con Vuestra Alteza.

—Decíme al menos cuándo debe interrogarme el consejo, supuesto que un acusado, sea quien fuere, debe ser oido.

Bridges bajó la cabeza silenciosamente y se retiró.

Aquel mismo dia sufrió Isabel un interrogatorio, dirigido por Gardiner y diez y nueve miembros del Consejo, concerniente á la acusacion de complicidad en la conspiracion de Wyatt. Negó haber tenido la menor parte en tan criminales intrigas, y manifestó el horror profundo que le había causado la empresa de los rebeldes. Esta declaracion, aunque pronunciada con la mayor energía, no convenció sin embargo á los jueces, pues Gardiner la respondió que Wyatt había confesado en el tormento que había escrito á la princesa y que había recibido de ella una carta.

—¡Ah! Ya sé que ese traidor se atreve á acusarme; pero repítelo aquí lo que he dicho en otra parte, exclamó Isabel indignada: confrontadme con él, y si persiste en sus declaraciones delante de mí, me confesaré culpable.

—El conde de Devonshire, repuso Gardiner, ha revelado vuestra culpabilidad, ofreciendo renunciar á vuestra mano y ausentarse de Inglaterra, si S. M. le perdona la vida.

—¡Courtenay perjuró! gritó la princesa sin poder contenerse. Señores, ahorrads el trabajo de dirigirme mas preguntas, porque á ninguna contestaré, aun cuando se me aplique el tormento.

A media noche se presentó de nuevo en su cuarto Sir Tomás Bridge, seguido de unos cuantos soldados, y la dijo:

—Señora, ruego humildemente á V. A. que tenga la bondad de seguirme.

—¿Adónde? preguntó la princesa levantándose. ¿Por ventura al gabinete de la reina?

Bridges no contestó.

—¿A presencia del consejo?... ¿Al cadalso tal vez?... Succeda lo que quiera, á todo estoy pronta... Marchemos.

Después de llegar al piso bajo de la Torre, la hizo bajar Bridges por una escalera oscura, á cuyo extremo había una gran puerta de hierro, que dos soldados abrieron con trabajo, y que atravesó Isabel siguiendo á su guía.

Se encontraban en la Sala del tormento, iluminada por una sola lámpara opaca suspendida de la bóveda.

En una cama de cuero yacia recostado un hombre entre otros dos que le sostenian y le mojaban las sienes de vez en cuando con cordiales. Una capa cubría sus dislocadas piernas; pero su palidez cadavérica, la espresion de sus ojos y la descomposicion de sus facciones revelaban toda la intensidad de los horribles tormentos que acababa de sufrir. La princesa reconoció con trabajo en aquel infeliz, á quien hubiera debido acabarse de un solo golpe, al impetuoso, al brillante, al valiente Tomás Wyatt. A su lado estaban la reina, Gardiner, Renard y el conde de Devonshire.

Conmovida Isabel de piedad, de amor, de indignacion y de alegría, pero conociendo que en tan crítica circunstancia dependía su salvacion de la firmeza que manifestase, alzó en su pecho los sentimientos de ternura y de despecho, y se precipitó á los pies de la reina exclamando:

—El cielo bendiga á V. M. por haberos dignado concederme esta entrevista. Al fin podré probar mi inocencia.

—¿De qué modo? respondió friamente Maria. Muy grato me seria reconocer que he sido engañada; pero no puedo negarme á la evidencia. Ese traidor, que ha osado empuñar las armas contra su soberana, os acusa positivamente de que sois su cómplice: en una deposicion salida de sus labios y firmada por su puño, asegura en nombre del Juez Supremo ante cuya majestad va á comparecer, que le habeis alentado en su proyecto de derribar mi poder, con el objeto de sentaros en el trono y hacer partícipe de él, por medio del matrimonio, al conde de Devonshire vuestro amante.

—Esa declaracion es falsa; tan falsa como es falaz el miserable que la ha inventado; tan falsa como infame ese extranjero que veo á vuestro lado, y que se felicita por haber conseguido mi perdicion. Pero, paciencia, porque... por el alma de nuestro padre, que es preciso que en efecto la lleve á cabo, para que deje yo de vengarme cruelmente de sus artificios é intrigas. Ignoro si me habrá escrito ese otro desgraciado; pero protesto que nunca he recibido carta suya: entreo en eso una tenebrosa intriga de ese extranjero, que me honra con su odio, y que sin duda ha inspirado á Wyatt la calumnia por medio del dolor.

—Las aserciones no son pruebas, dijo la reina con severo acento.

—Pues bien, Sir Tomás Wyatt, si no queréis dejar en la historia un nombre infame y odioso, retractad vuestras palabras y proclamad mi inocencia.

Wyat la miró de hito en hito, como si nada comprendiese, y la princesa le repitió lo que acababa de decir.

—¿Qué he declarado yo contra V. A.? murmuró al fin el infortunado caballero.

—Que soy cómplice en vuestra conspiracion contra S. M. aquí presente: ya sabeis que eso no es verdad, y vos no debéis morir echando una mancha indeleble en vuestro escudo de armas. Os requiero pues para que retracteis vuestra deposicion, declarando mi inocencia.

—¡Ah! Si... ya me acuerdo, ¿Qué queréis, señora? ¡Me han hecho sufrir tanto! Por otra parte... ofrecian salvarme la vida... En una palabra, he mentido.

—Está bien, respondió Isabel dirigiendo á la reina una mirada de triunfo.

—Conducidme á los pies de la princesa, dijo Wyatt á los que le sostenian.

Y no bien se cumplió su deseo, cuando exclamó:

—Señora, dignaos perdonarme.

—Dios os perdone como yo os perdono, le contestó Isabel conmovida.

—¿Conque vuestro testimonio era falso, miserable perjuró? le dijo Maria estupefacta.

—Lo que antes dije, sí; lo que ahora digo es la verdad.

—¿Persistís en esta declaracion?

—Persistiré en ella hasta mi último suspiro.

—¿Y quién os ha instigado para que acuseis á la princesa?

—Simon Renard, que ha engañado á V. M., que se ha burlado de mí, y que es capaz de burlarse del mismo Satanás.

Al pronunciar estas palabras arrojó Wyatt una carcajada convulsiva, que trastornó todas sus facciones, y cayó sin sentido entre los brazos de sus guardianes, quienes por órden de la reina le llevaron á un calabozo inmediato.

—Yo no imploro en favor mio la real clemencia, dijo Courtenay; pero suplico á V. M. que no oiga contra la princesa los consejos de Renard, autor de todos los desastres que lloramos.

—Milord, le contestó la reina, defendeis á mi hermana con tanto fuego, porque alimentais todavia la esperanza de obtener su mano: penetro vuestras miras y sabré impedir las.

—Lejos de mí esa idea, pues renuncio solemnemente á mis atrevidas pretensiones.

—¡Courtenay! exclamó dolorosamente Isabel.

—Los últimos acontecimientos, repuso Devonshire, me han curado completamente del amor y de la ambicion: lo único que deseo es mi libertad.

—¿Desea V. M. continuar esta noche sus investigaciones? preguntó Gardiner á la reina.

—No, contestó Maria; vuelvan el conde y la princesa á sus respectivos arrestos hasta mañana, y dejemos respirar á Wyatt algunos instantes.

II.

Aun cuando aparezca extraño, no es por eso menos cierto que la desdichada Juana Grey, que esperaba por momentos la notificacion de su sentencia de muerte, experimentaba una tranquilidad de ánimo, una dicha de que nunca hasta entonces había gozado. El hacha del verdugo iba á herirla; pero al menos no podía decir Dudley que por haberle ella delatado á la reina había fracasado su temeraria empresa: tampoco podía Maria acusarla de haber querido derribarla del trono: había roto eu-

teramente con el mundo, y le era al fin permitido ocuparse de cuanto podía interesarle en el otro.

En la mañana del domingo 11 de febrero se presentó su carcelero á decirle que el padre Feckenham y Sir Tomás Bridges, nuevo gobernador de la Torre, deseaban verla.

—Haced que pasen adelante, respondió Juana, pues ya sé lo que vienen á hacer aquí. Bien venidos seáis, caballeros, añadió dirigiéndose al gobernador y al sacerdote: supongo que me traéis agradables nuevas.

—Al contrario, señora, contestó Bridges: las traemos muy malas: se nos ha encargado la triste comision de anunciaros que mañana tendrá lugar vuestro suplicio.

—Pues bien: hé ahí precisamente las buenas noticias que yo esperaba: suspiraba por mi libertad, y me regocijo al saber que está tan próxima.

—También S. M. que no desea la perdicion de vuestra alma, añadió Freckenham, me ha recomendado que procure reconciliaros con el cielo.

—Le agradezco ese cuidado.

—Contad con todo el celo que me inspira mi sagrado ministerio.

—Nunca he dudado de él. Decidme ahora algo de mi esposo.

—Su ejecucion y la vuestra se verificaran á un mismo tiempo.

—¿Conque le veré mañana?

—Tal vez antes.

—Ah! No sé si tendré bastantes fuerzas para soportar esa entrevista.

—Preparaos pues, señora.

—¿A qué?

—A recibir á vuestro esposo, porque ya llega.

La puerta se abrió bruscamente, y Dudley se arrojó á los brazos de Juana, en tanto que Freckenham y Sir Bridges se retiraban al fondo del calabozo.

Ni una palabra pronunciaron aquellos desdichados: abrazos recíprocos, sollozos inarticulados y ahogados suspiros, fué el único lenguaje que pudieron hallar su emocion y su ternura.

Después de contemplar aquellas mudas y tristes efusiones, se acercó á Juana el confesor de la reina y la dijo:

—Mucho siento interrumpiros, señora; pero la voluntad de la reina es que permanezcáis poco tiempo reunidos.

—¿Cómo ha de ser! respondió Juana: nos volveremos á ver en el cadalso.

—No: os veis ahora por la última vez en el mundo, porque moriréis separados, aunque á la misma hora; vos, señora, en el mismo sitio en que perecieron Ana Bolena y Catalina Howard, y vos, milord!

—Bien, bien, repuso Dudley con amargura: nos resta el consuelo de que nos volveremos á encontrar en un mundo, cuya felicidad no conseguirá arrebataros la tiranía de una reina despiadada.

Los soldados que habian conducido á Dudley al calabozo de Juana, lo arrancaron de los brazos de esta.

Juana pasó en oracion toda la noche que precedió al dia de su ejecucion. Acompañábala una jóven de ilustre nacimiento llamada Angela de Mountjoy, que habia jurado no separarse de ella hasta el último instante, y al recostarse Juana á las tres de la mañana, la dió el encargo de que la despertase á las cuatro; pero Angela no quiso ser rigurosamente exacta, porque aquel sueño, el último que su protectora disfrutaba en el mundo, era para ella una cosa sagrada.

—¿Son ya las cuatro? preguntó Juana despertándose sobresaltada.

—Son las cinco, señora... os he desobedecido. ¿Se me figura que erais tan dichosa en sueños!

—Lo era en efecto, porque soñaba que todo habia concluido para mí, y que un coro de ángeles me llevaba á las regiones eternas.

—Todo eso se realizará, y pronto dejareis la tierra para ir al cielo á reunirnos con vuestro esposo.

—Así lo espero, Angela; pero recuerdo que en la gloria no he visto á Lord Dudley. ¿Ah! He dormido poco, ó tal vez demasiado.

—Dignaos perdonarme, señora.

—Oh! No me quejo de vos; me quejo de no haber encontrado á mi esposo.

—Lo encontrareis, porque vuestras oraciones satisfarán á Dios por sus pecados.

—Ah! Sí: roguemos por él, querida Angela.

—Vuestra suerte es preferible á la mía, porque el cielo va á abrirse para vos, y yo... voy á perderos.

—Tengamos esperanza, y nos veremos también algún dia.

—¿No tomareis algún alimento?

—No; ya no me cuida del cuerpo.

Al rayar el día se levantó una niebla, que envolvió á la fortaleza: todos los corazones estaban tristes, porque todos deploraban el fin de la infortunada Juana Grey. Su juventud, su inocencia y su piedad conmovian á los mas endurecidos, y sus incabales sentimientos de compasion en sus mismos perseguidores. Era aquel un dia de duelo, como si se esperase una calamidad pública, y en vez de convertir en regocijo el suplicio que se preparaba, los habitantes de Londres hubieran querido que no verlo realizado. Puede asegurarse que nunca ha subido al cadalso un personaje histórico que conquistase tantas simpatias como la sobrina de Eduardo VI.

Ya era tarde, y reinaba en la Torre el mas profundo silencio, cuando de pronto sacaron á Dudley de su encierro. El primer objeto que se presentó á su vista fué un cadalso: lo contempló atentamente, y el gobernador le dijo:

—Es para lady Juana.

—Esto es lo que yo deseaba, respondió conmovido: morir antes que ella. ¿La vereis, Sir Tomás?

—Sí, milord.

—Pues bien, decidla que estará á su lado cuando exhale su último suspiro.

Al ver Juana á Sir Bridges, le preguntó:

—¿Ha llegado el momento?

—Sí, señora, contestó el gobernador: dejadme un recuerdo de vuestra bondad.

—No poseo mas que este libro de oraciones, que aun me hace falta, pero después de mi muerte será vuestro.

Esperábase en la puerta del calabozo un piquete de arcabuceros, que apenas vieron á Juana, cuando dieron muestras del mas profundo sentimiento y se pusieron en marcha. Juana,

colocada entre Angela y Freckenham, leia en voz alta sus peticiones; la niebla se habia disipado algun tanto; pero la atmósfera estaba húmeda y el dia sombrío.

Llegada al pié del cadalso, Juana subió con paso firme los escalones, y en seguida dirigió las palabras siguientes á los espectadores de su suplicio.

«Solo fundo la esperanza de mi salvacion eterna en la misericordia del Altísimo, y en los méritos de la sangre de Jesucristo, su único hijo. Declaro que, iniciada en la palabra de Dios, he faltado á ella mil veces; que he amado demasiado las vanidades del mundo, y que este suplicio es la justa expiacion de mis pecados. Dirijo al Eterno fervientes acciones de gracias por haberme concedido el tiempo necesario para arrepentirme de mis culpas. Rogadle por mi alma.»

Mil voces se elevaron para cumplir sus deseos; y cuando se arrojó al suelo para entonar el *Miserere*, la imitaron muchísimos espectadores.

Al levantarse dijo á Angela:

—Entregareis este libro á Sir Tomás Bridges: tomad para vos como un sencillo recuerdo mis guantes y mi collar.

—Concededme vuestro perdón, señora, exclamó Manger el verdugo poniéndose de rodillas.

—Con todo mi corazón, respondió Juana: sois en esta hora el mejor amigo que tengo en el mundo.

—¿Qué teneis, señora? preguntó el gobernador al observar que Juana se estremecía y temblaba.

—Oh! Nada, nada: me pareció haber visto á mi esposo pálido y ensangrentado.

—¿Hacia qué lado? repuso Bridges, á quien esta circunstancia recordó el encargo de Dudley.

—Ahí... Junto á ese tajo... ¡Ah, Dios mio! Todavía le veo... pero no... ha sido ilusion...

El gobernador inclinó la cabeza y murmuró una oracion. Juana miró á Angela, y esta procedió á los preparativos que exigia el caso: mas no bien hubo descubierto el cuello, recogido el pelo y vendado los ojos á su señora, cuando cayó de rodillas deshecha en lágrimas.

La sentenciada buscaba á tientas el tajo y decia:

—¿Dónde está?... ¿dónde está?

Por fin, se colocó delante de él con el auxilio de Sir Bridges. Angela ocultó el rostro entre sus manos: Freckenham convirtió en velo su capa, y Sir Tomás Bridges no apartó sus ojos de la desdichada víctima.

—Señor, exclamó esta, recibe mi alma en tu seno misericordioso.

Cayó el hacha, y cayó la cabeza mas hermosa del reino, la cabeza de una mujer tan inocente, que sin duda llegó en espíritu hasta el trono de Dios.

El conde de Devonshire fué desterrado á Francia, y la princesa Isabel al castillo de Woodstock, bajo la vigilancia de Sir Enrique Bedingfeld.

LEGISLACION MUSULMANA.

LEYES PENALES.—EJECUCIONES.—LEYES CONTRA LOS QUE BEBEN, Y LOS QUE TOMAN OPIO.—CONTRA LOS QUE BLASFEMAN.—OPINIONES DE LOS MAHOMETANOS SOBRE JESUCRISTO.—LA APOSTASIA.—EL HOMICIDIO.—EL PRECIO DE LA SANGRE.

Las leyes penales de los musulmanes se aplican, como se aplicaban en otros tiempos las de Moisés, á los crímenes y delitos contra la religion, así como á las ofensas contra la sociedad. Ellas castigan igualmente tanto al apóstata como al homicida. Sin embargo, su severidad está muy lejos de la fria barbarie de las leyes chinas y japonesas. En estas últimas se advierte la crueldad de un déspota que protege su poder egoísta por medio de un terror atroz y sombrío; lo que á las otras las caracteriza, es un respeto el mas profundo á la divinidad y á la moral. Las penas afflictivas las llaman los mahometanos *castigos del cielo*; ellas son inflexibles é incommutables. Las penas correccionales, dirigidas á reprimir los delitos secundarios, quedan por el contrario al arbitrio y voluntad del juez, quien las atenúa discrecionalmente, segun el caso y las personas.

Los funcionarios públicos estan escluidos del derecho comun. El soberano los castiga á su voluntad, segun le parece, y sin que los tribunales tengan intervencion alguna en su proceso. Son calificados con el epíteto de esclavos; pero únicamente á ellos es á los que comprende esa jurisdiccion excepcional: los demás súbditos son juzgados con arreglo á las leyes establecidas.

La aplicacion de la pena de muerte varia segun el caso, y segun el crimen del condenado. Los meros particulares son ahorcados; los ulemas son ahogados en su prision, en virtud de un texto sagrado que prohibe que su sangre sea derramada. A los empleados civiles y militares les cortan la cabeza, las que por espacio de tres dias estan espuestas al público. La de un ministro, ó la de un bajá de primera clase se espone en un azafate de plata; la de un bajá inferior ó de un general, sobre uno de madera; la de un oficial subalterno es arrojada á la tierra bajo la bóveda de la primera puerta del serrallo. Las cabezas de los personajes importantes que han sido ajusticiados en las provincias, las salan ó envuelven en paja, y son conducidas por tartanos á Constantinopla. Cuando se decapita á un musulman se le deja de espaldas, con su cabeza bajo el brazo; los cristianos son espuestos al público boca abajo y con la cabeza entre las piernas. En los estados del gran Señor los ladrones de caminos reales son empalados. Las penas correccionales son la reclusion, la prision y los azotes.

«Oh creyentes! dice Mahoma en el capítulo titulado *La Mesa*, el vino, los juegos de azar, y las suertes de flechas, son abominaciones inventadas por Satanás. Absteneos de su uso, no sea que os pervirtais. El demonio se valdria de ellos para encender entre vosotros la discordia, y haceros olvidar á Dios y á la oracion. ¿Querriais haceros prevaricadores? Obedeced á Dios y á su apóstol, y creed!»

El castigo de este delito consiste en recibir ochenta palos si es hombre libre, y cuarenta si es esclavo; pero el que bebiese vino públicamente durante el ayuno del Ramazan debe ser condenado á muerte.

Por fortuna sobre este capítulo y en otros muchos el castigo del cielo se ha humanizado singularmente; y esa severidad rígida que presta aun á los filósofos frazologos tantos argu-

mentos contra lo que se llama barbarie oriental, se ha dulcificado hasta tal punto que la sola aplicacion de algunos golpes en las plantas de los piés del reo, es hoy muy suficiente para recordarle la observancia de la prescripcion religiosa y civil del Koran. Aun en el mismo tiempo en que esta ley se ejecutaba rigurosamente, era necesario que el hecho que se suponía fuese probado por dos testigos, y que al tiempo de la comparencia ante el juez se conociese todavía en el aliento del acusado el olor del vino. Un *cadi* célebre exigía que el reo para ser convencido, fuese incapaz de distinguir un hombre de una mujer y el cielo de la tierra. Por lo demás, muchos sultanes de la casa otomana no escrupulizaron en infringir esta ley. Bayazeto I y Bayazeto II eran los primeros que se embriagaban. Soliman I que les sucedió, hizo por el contrario una guerra atroz á los bebedores. Por su orden se les hacia beber plomo derretido. Selim II su hijo abolió estos edictos, y fué llamado en su virtud el *beodo*.

El Sultán actual bebe vino de Champaña, y sin embargo no tiene escrúpulo alguno en condenar á muerte á los que le imitan.

El uso del opio, aunque mucho mas desastroso que el del vino, y herido tambien de la misma primitiva prohibicion, no se practica menos en todos los países del Oriente. Un historiador turco cuenta aludiendo á él y á su proscripcion por el Sultán Amurates IV una aventura bien terrible, la que juzgamos oportuno insertar aquí.

El Sultán Amurates estaba acampado en Siria en la llanura de Miridij-Dabik, cuando sus cortesanos que lo habian acompañado á la guerra le denunciaron á su primer médico Emir-Fchelebi, como uno de los mas entregados al uso del opio. El príncipe hizo algunas preguntas al médico, quien negó obstinadamente, y por entonces todo quedó como concluido. Mas al siguiente dia el *porta sable* del Sultán, enemigo del médico, entró en la tienda de Amurates, y le anunció saber con certeza que Emir-Fchelebi (el médico) traia consigo un botecito de oro, el que contenia su provision de opio. Amurates sonriéndose hizo venir delante de sí á Emir-Fchelebi, y registrándole le encontró el bote. ¿Qué es esto? ¿Qué contiene esto? le preguntó con aire de severidad. El pobre hombre, pálido, respondió que era un elixir inocente que contenia una pequeña dosis de opio. No dudo que me direis la verdad, replicó Amurates, pero para convencer á vuestros enemigos tomad en el momento y á vista de todos cuanto contiene el bote. Emir-Fchelebi en su arrebatado se arrojó á los piés del Sultán, suplicándole revocase su orden, en la que insistió Amurates; la víctima obedeció. El Sultán tuvo en seguida un placer en jugar con él al ajedrez; apenas habian jugado tres partidos, cuando moribundo Emir-Fchelebi cayó sobre la alfombra. Lo condujeron á su tienda, y á poco espiró.

Los devotos austeros conceptuan al tabaco en el mismo grado que el opio y el vino, y se abstienen de él con el mismo horror. Aun el café, que fué llevado por primera vez de la Arabia á Constantinopla en el año de 1555, estuvo proscrito por mucho tiempo. Ultimamente lo rehabilitó el Sultán Amurates III, y después fué proscrito por Amurates IV. Desde el reinado de Ibrahim I, los ulemas lo han tenido como su bebida predilecta.

Una legislacion tan teórica no podia dejar impune la apostasia, la blasfemia y los actos de impiedad. En efecto, ella condena á muerte á todo individuo que blasfemase contra Dios ó contra el profeta Mahoma, así como aquel que negase la mision divina del Moisés, ó de Jesucristo. Pero si alguna vez no era el escándalo público y violento, la ley entonces era mas indulgente.

Este respeto de los musulmanes hacia Moisés y Jesucristo sorprenderá á aquellos de nuestros lectores que bajo este punto conserven las ideas vulgares. Muchos creen que el Koran es un tejido de imprecaciones desvergonzadas contra la moral sublime de la Santa Biblia y del Evangelio. No es así. La religion mahometana reconoce todos los profetas y patriarcas de la ley antigua. Ella reverencia igualmente á Abraham, el amigo de Dios; á Job, el paciente en Dios; á David, el kalifa de Dios. Jesucristo, elevado por el Koran sobre todos los profetas, es llamado Espíritu de Dios. Los mahometanos admiten como artículo de fé hasta su encarnacion misteriosa en el seno de la Virgen. Solamente Mahoma es á quien ellos reconocen por superior á Jesucristo, superior á todos: llámalo el príncipe de los profetas. Los musulmanes creen que en el momento en que los judíos intentaron crucificar á Jesucristo, este subió al cielo, y Judas, apóstol infiel, substituyó á su maestro sobre la cruz, donde sufrió todos los tormentos á que era acreedor por su traicion. Una de las señales que anunciarán el fin del mundo, segun el dogma musulman, será el advenimiento de Jesucristo hijo de Maria, que descenderá sobre uno de los minaretes de las mezquitas de Damasco. A su vista el anti-cristo caerá muerto, y se derretirá como una estatua de sal. Jesus, en aquel momento, se presentará al mundo como vicario de Mahoma, é invitará á los pueblos á convertirse á la verdadera fé, bajo la pena de muerte. Esta fábula, generalmente recibida por los mahometanos, dará una idea del aprecio en que tienen á aquel á quien llaman Espíritu de Dios, y que ellos miran como el último de los kalifas universales, destinados á reinar á la vez sobre todos los pueblos de la tierra.

La apostasia en un musulman es el crimen mas enorme que puede cometerse contra la divinidad; la muerte es su castigo. Pero como, segun dice el profeta, mas se complace Dios de la conversion de un infiel que de la destruccion de mil enemigos, el apóstata puede escapar de su sentencia, abjurando prontamente el error. Pero si lo rehusa ó se espatria, desde luego pierde sus bienes, se anulan sus actos civiles, y está facultado todo hombre para quitarle la vida.

(Concluirá.)

HISTORIA DE INGLATERRA.

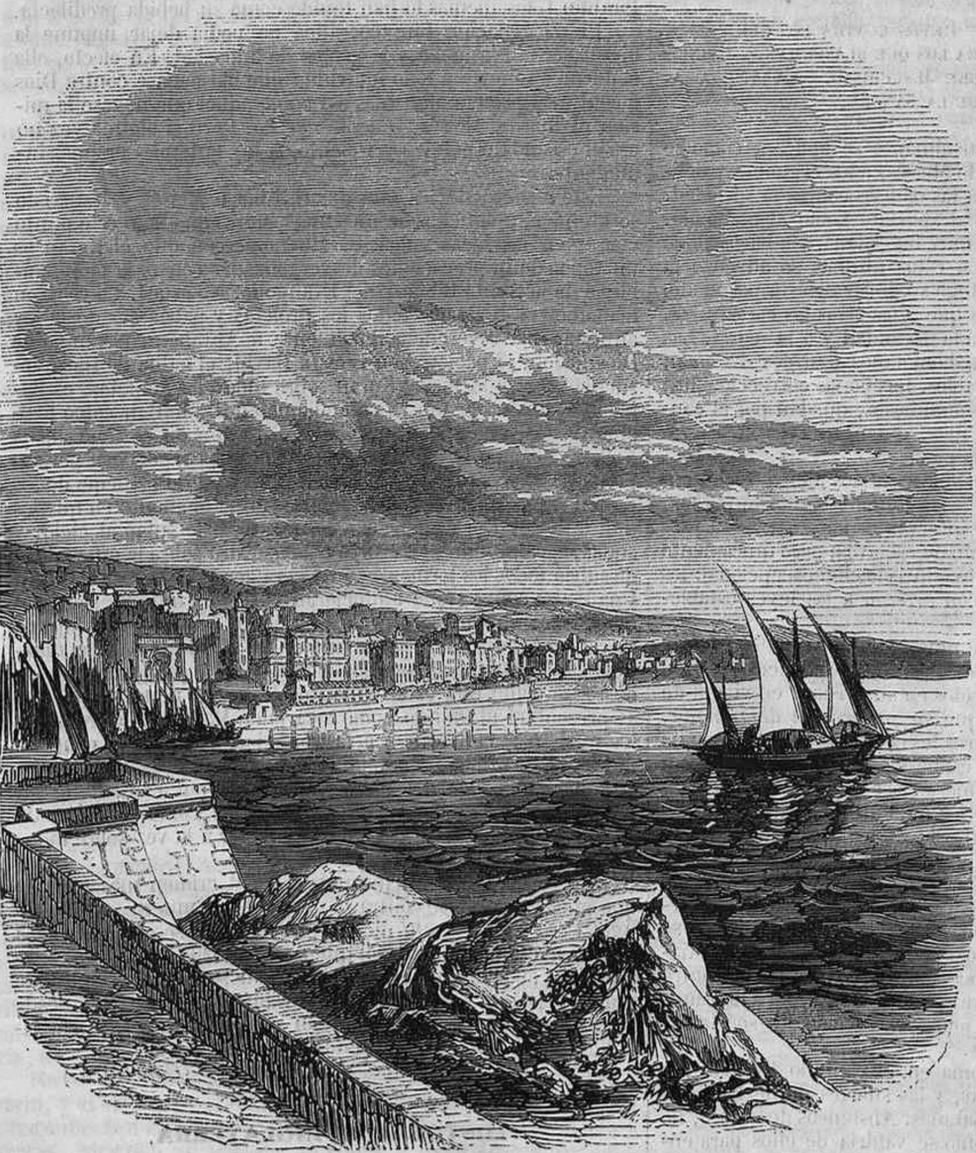
En ocho meses ha publicado la *Biblioteca Universal* una bella edicion de la excelente *Historia de Inglaterra*, por Oliverio Goldsmith; cerca de setecientas páginas á dos columnas con mas de cuatrocientos grabados, de los cuales ofrecimos en el último número algunas muestras; que solo ha costado 28 reales á los suscritores, y que desde hoy se venderá encuadernada con una preciosa cubierta á 40 rs. el ejemplar. Es preciso ver la obra para apreciar hasta qué punto ha resultado económica la edicion de tan interesante libro.



Gibraltar.



Amsterdam.



Ancona.



Túnez.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.